

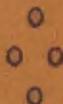
GFS-166-C

Pena de vida
(mecanografiado)

FEDERICO ROMERO y GUILLERMO FERNANDEZ SHAW.

P E N A D E V I D A

ACTO PRIMERO.



P E N A D E V I D A

Comedia en tres actos, original de FEDERICO ROMERO y GUILLERMO FERNANDEZ SHAW.

Acto primero.



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

PERSONAJES

MARIA TERESA.

JUANA.

DARÍA.

LA FILO.

LA DACIA

DONA ANUNCIA.

LA CATALINA

PEPITO.

JOSE MANUEL.

MARTIN.

~~FRANCISCO~~

DON PROILAN.

MATÍAS.

FONTIBRE

GASPAR.

EL MELLAO.

NEMESIO

UN INSPECTOR.

MATEO

UN AGENTE.

Ocurre la acción del primer acto en Diciembre de 1936; la del segundo, en Junio de 1938, la del tercero, en abril de 1939.

ACTO PRIMERO

Improvisado calabozo en una checa de Madrid. Es la cava de un palacio aristocrático. Hay al fondo un par de ventanas de sótano por las cuales se ven las piernas de un centinela que pasea durante toda la acción. A la derecha, la puerta de acceso desde la cual se descende por una graddilla con tres peldanos. A ambos lados de esta puerta, barriles de vinos generosos en sus pies de tijera. Varios cajones vacíos, envases que fueron de vinos embotellados, sirven de escabel a los detenidos. Es de noche. La luz entra solamente por las ventanas del fondo y da a las figuras un sombrío aspecto de siluetas movibles. Cuando se abre la puerta, el vivo resplandor de una fuerte iluminación eléctrica, semeja un chorro de luz solar.

DON FROILAN, modestamente vestido, con traje negro, tiene un inequívoco aspecto sacerdotal. Ocupa un improvisado escabel en el fondo, ante las dos ventanas.

FONTIBRE, - con traje de elegante línea, pero

en alpargatas, cuello blando y sin corbata, da vueltas a una boina que tiene en las manos. Aparece sentado a la derecha, en primer término.

MATIAS, tipo popular madrileño, usa capa, gorra de visera y traje adecuado a su condición de artesano. Se pasea de largo a largo con nerviosismo.

A la izquierda, sentados en un par de cajones unidos, MARIA TERESA, PEPITO y JOSE MANUEL, cogidas las manos del joven Pepito por la dama y el caballero que le acompañan y, con sus cuerpos crean defenderle de la asechanza roja. María Teresa, frisa en los cincuenta años. Viste ropa de corte coquetón y géneros económicos. Pepito usa el "mono" igualitario de los días rojos. José Manuel, cincuentón bien portado, apenas canoso, conserva su normal atuendo burgués, corbata inclusiva, sombrero y botines de ante.

Pronto aparecerán EL MELLAO y JUANA. El primero lleva barba de seis días cerrada e hirsuta, nariz respingona y encendida, frente estrecha, pelambrera revuelta bajo el gorro cuartelero de dos puntas. Viste un "mono" caqui y le ciñe un fuerte cinturón, del cual penden no menos de cuatro pistolas, dos en el frente y otras dos en el dor-

so. Cálzase con alpargatas. Juana es una muchacha de la clase media y cuenta unos veinticinco años.

Por lo pronto, hállanse solos en escena los seis primeros personajes, todos detenidos.

PEPITO.- ¿Qué hora será?

JOSE M.- Hijo mío, no puedo satisfacer tu legítima curiosidad. Confías en que falte poco para la cena. ¡Dichosa juventud! En medio de los peligros que nos cercan, la juventud no pierde el apetito.

MATIAS.- Le diré a usted, señor. Ni la juventud ni la madurez. Ahora daba yo por ~~un~~ ^{un} nuevo frito... ¡qué se yo! Puede que diera el reloj que me "afanaron" anoche cuando me detuvieron.

MATERRA.- ¿A usted también?

MATIAS.- ¡A ver qué vida! El jefe de esta checa, el "Narices", siempre ha sido "aficionado" a los relojes. Yo lo conozco. Trabajaba en el trayecto de Sol-Ventas. Y, los días de toros, volvía a su casa con diez o doce cronómetros y alguna repetición. Aho-

ra bien, pollo: si usted quiere saber la hora, póngase usted en lo peor; dentro de cinco cuartos, nuestra última hora. ¡Dita sea la Cibeles! ¡Dito sea Neptuno! ¡Dito sea el Angel Caído! ¡Dita sea...!

FROILAN.- No se desespere, hermano. Y, sobre todo, no maldiga, aunque sea a dioses paganos, en efigie y a la estatua del mismísimo diablo. ¡Resignación! ¡Confianza en lo alto! ¡Fe en la salvación de nuestra alma, que es lo único que importa!

MATIAS.- Usted es cura, ¿no es verdé?

FROIL.- Sacerdote.

MATIAS.- Ya. Clérigo, que también sé decirlo en francés. (Don Froilán, se ríe)
No se ría usted, padre.

FROIL.- ¿Cómo no he de reirme?

MATIAS.- Pues para risa está el tiempo. ¡Dito sea el Héroe de Cascorro!

FONTI.- ¡Bah! No hay que apurarse. No pasa nada. Y si pasa; cuando veamos que va a pasar, entonces, y no antes, es cuando debemos preocuparnos.

MATIAS.- Entonces, no nos dá tiempo. ¿Usted sabe donde tiene esta gentuza el fusiladero?

Pues ahí detrás en esos desmontes que dan al Paseo ~~de~~ Ronda. En otras checas, al menos, se molestan en llevarle a uno a la Casa Campo en un "Chrysler", que es lo único que yo pensaba sacar de este "fre^gao". Pero aquí no dan "el paseo". De una patá en el dorso, te ponen en el paredón y, de cuatro tiros, te atinan dos, que con uno basta si da en la sesera. Y que no hay escape, señor...

FONTI.- Fontibre, Rogelio Fontibre, para servir a usted.

PEPIT.- (Levantándose) ¿Rogelio Fontibre? ¿Capitán de Asalto?

FONTI.- El mismo. ¿Me conoce usted?

PEPIT.- Le conocen unos compañeros míos de estudio. ¿Usted fué...?

FONTI.- Exactamente.

PEPIT.- Mamá; ¡el capitán Fontibre!

Me TER.- Me honra mucho saludarle, caballero.

JOSE M.- ¿Quién es el capitán Fontibre? ¿Qué acción sin duda honrosa produce tu admiración?

FONTI.- Caballero, le ruego que no le obliguen a relatarla. Soy militar y el cumplimiento

del deber no es una acción heroica, aunque el ~~no cumplirlo~~ ^{olvidarlo} sea un acto indigno. Además... (Señalando a Matías)

MATIAS.-Por mí, relate. Yo no soy ningún "boceras" Y "pa" adivinar que usted es un pájaro de cuenta, -"pa" esta gentuza, quiero decir, - me basta con ver el "cerote" que "controla", aunque diga que no pasa nada por espantar el miedo.

ME TER.-¡Qué impertinencia!

FONTI.- Déjele espantar a su... "cerote". Cada cual lo asusta a su modo.

MATIAS.-Chóquela usted: ¡de acuerdo!

FONTI.- Pero conste, amigo, que yo no me asusto de la muerte. Lo que me atemoriza es vivir entre esta chusma, si Dios no me abre un camino por donde llegar a mi campo de acción, que es "el otro lado".

MATIAS.-¡Toma! ¡Y el mío! ¿Ha oído usted los "menús" que dan en la Radio de Burgos?

FROIL.- ¡Válgame Dios! ¿Qué parvos horizontes ve este hombre en Burgos?

MATIAS.-Aquí no vemos más que la acera de enfrente y, entre medias, las peanas del miliciano que hace su centinela.

(Asomándose)

¡Tiene una cara de gato rabioso!... Ese es de los que ejecutan. ¡Dito sea el...!

FROIL.- ¡Cuidado! Que va a acabar usted con las estatuas y me temo que empiece con las imágenes.

MATIAS.- ¡Eso no! Soy hombre de principios y...
¡eso no!

FONTI.- Pero ¿cuáles son sus principios?

MATIAS.- Los de Burgos!

FONTI.- Me lo figuraba.

MATIAS.- Ahora no pensaba en los menús.

FROIL.- ¡Chitón! Siento pasos.

(María Teresa y José Manuel estrechan a Pepito. Matías vuelve a pasearse. Fontibre reanuda las vueltas de su boina.)

MATIAS.- No, si no pasa nada. ¡Dito sea el monumento al Quijote! ¡Dito sea el Obelisco! ¡Dito sea Castelar! Y lo más chusco, vamos al decir, es que yo voté la república. "Pa" que te fies del sufragio universal. Aquí no hay más sufragio que el requiescat in pace. ¡Bueno! Ahora... ¡ni ese! ¡Dita sea la Libertad iluminando al mundo!

FROILAN.- Ya están ahí.

FONTI.- No pasa nada, amigo. ¡No... pasa... nada!
 (Se abre la puerta y entra JUANA
 (seguida por el MELLAO.

MATIAS.- ¿Otra vez aquí?

(Juana asiente)

MELLAO.- Por poco tiempo. Ha "pedio" diez minutos de gracia y el responsable, que es muy gracioso con el bello sexo, se los ha "concedio". Conque ahí la tenéis. ¡Salud!
 (Medio matis)

MATIAS.- Oye, "ninchi".

MELLAO.- ¿Qué hay?

MATIAS.- ¿No han "llegao" mis avales?

MELLAO.- ¡Ay, qué "salgo! ¡Avalitos a nosotros! Ahora todos "seis" unos párvulos. Mira el aval que tengo yo, por si las moscas.

(Mostrándole un papel)

¿Conoces la firma? Pues a tí te lo digo, porque los muertos no hablan: ¡"falsificá"! Hasta luego, Matías.

(Matis cerrando la puerta)

FONTI.- Le ha llamado a usted por su nombre.

MATIA.- ¡Los muertos no hablan! ¡Dita sea la Fuente de la Alcachofa!

Me TER.-Señorita, siéntese aquí.

JUANA.- No, gracias. ¡Es horrible! ¡Es horrible!

(Llora)

FROI.- ¡Vamos, hija! (Acercándose)

Horrible es en verdad. Esta incertidumbre, esta amenaza constante... Pero ha vuelto usted y eso... aquí es algo.

JUANA.- Volví... para confesarme con usted. He adivinado en sus palabras, en sus ropas, en un halo que se desprende de su persona, como un fluido que atrae, su condición sacerdotal. ¿Me engaño?

FROI.- No te engañaste, hija. Soy el coadjutor de Santa Leocadia.

M^o TOR.- Y ¿le han dado licencia para confesarse?

JUANA.- ¿Licencia? ¡Cá! Me propuso el jefe... ¡Es horrible, señora! Me ha ofrecido la libertad.

MATIAS.- ¡Caracoles!

JOSÉ M.- Todos nos figu^{ramos} ~~el~~ el precio de su libertad. ¡Su honra! (Juana asiente)

¡Malvados!

JUANA.- ¡Como si la pérdida de la honra no fuese para una mujer de conciencia la pérdida de la libertad! Le he dicho que lo pensaría, que me dejase tiempo para reflexionar... Ha mordido el cebo. Yo quería

padre, pedirle a usted la absolución; si me dán tiempo, haré a ustedes unos ruegos, por si alguno sale con vida de este antro.

FROI.- Antes, hija; antes. Para absolverte, me basta el holocausto que haces de tu pureza. "¡Ego te absol...!"

(Inicia la bendición)

JUANA.- ¡No! Quiero que me escuche en confesión. Quiero morir con el alma limpia de inquietudes y de escrúpulos. Tranquila de espíritu. Mis pecadillos, graves tal vez, -¡vivimos tan descompuestos!- no me parecerían perdonados si yo misma no los escuchase. Quiero sentirlos... volar de mí.

FROI.- Pero, antes, los encargos.

José M.-Decía usted que si alguien sobrevive...

JUANA.- ¿Quién de ustedes?...

FONTI.- Yo mismo.

MATIA.- También es usted optimista. Aquí el único que tiene callos en las palmas, soy yo. El único que votó la república... "menda" ¡Supongo yo!

FROI.- Nadie le disputaremos esa "honrosa" exclusiva.

MATIAS.- Bueno, pues conmigo no cuente usted, joven. De aquí no sale vivo ni el gato. Como no sea este jovencito, por aquello de la edad impúber.

PEPITO.- ¡Qué disparate! Yo soy...

Ma TER.- ¡Calla!

FROIL.- Todos la escucharemos y, si alguno logra comunicación con la calle, por el medio que sea, su legado de confianza será ejecutado.

JUANA.- No tengo en el mundo más que a mi madre.

FONTI.- ¿Dónde vive?

JUANA.- En la calle del Amparo. No recuerdo el número. Cerca del final, en los pares, hay una verdulería. Allí es. La ha recogido una antigua criada, cuando yo salí para acá. Mi madre está ciega.

Ma TER.- ¡Jesús!

JUANA.- Quisiera que ignorara mi sacrificio y mi muerte. Mentir piadosamente no es pecado ¿verdad? Si alguno de ustedes crea un hermoso cuento sobre mi fuga novelesca, raptada por un andante caballero que, sacándome de la checa con un ardid, me condujo a las filas de los maestros, em-

belleceremos sus días últimos de vida, que no puedan ser muchos en su triste existencia, oscura y depauperada por el hambre y por el sobresalto.

PEPI.- ¿Te han detenido en tu casa o en la calle?

JUANA.- Me siguieron desde la puerta de la embajada hasta mi domicilio.

PEPI.- ¿Fuiste a pedir refugio?

JUANA.- Iba a llevar una esquila con una consigna. Me impidieron entrar. Me he comido la consigna. Y hé aquí el otro encargo: que sepa mi jefe, Alberto Marzal, que no cayó en manos de nuestros enemigos.

MATIAS.- ¿Dónde vive Alberto Marzal?

PEPI.- No lo digas. Yo sé donde vive, y al primero que saiga en libertad, si alguno sale, sabré decirsele con disimulo, salvo que sea este hombre.

MATIAS.- Oye, pollo. ¡"Cuidao"! Que me estás confundiendo. Yo no soy lo que crees. No, podría serlo desde que me han "robao" estas caballas. Antes, no te digo; pero llegué tarde. ¡Dita sea Corón y el caballo gordo de Espartero!

JUANA.- Padre, ¿me hace el favor?. Pasa el tiempo y...

FROI.- Ven. (Vuelve a sentarse en el fondo)

JUANA.- No me arrodillaré, por si llega nuestro carcelero.

FROI.- ¿Temes por mí? ¡Bah! De sobra me han conocido. (Juana se arrodilla y bisbisea (su confesión mientras sigue el dialogo).

PEPIT.- Mamá, ¡así son nuestras mujeres! ¡Así serías tú!

Ma TER.- ¡Oh!... (Aterrada)

PEPIT.- ¿No serías tu así?

Ma TER.- ¡Hijo mío...! (Emocionada)

JOSE M.- María Teresa... ~~XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX~~

Ma TER.- Me ha impresionado mucho esta joven. Pensar que a nuestro hijo puedan brindarle la libertad y que la rechace...

MATIAS.- Si es por una miliciana con su "aque!" y su "conque"... Los hombres no tenemos honra que perder.

FONTIB.- ¿Qué dice usted... hombre?

MATIAS.- ¡Bueno, bueno!... Que usted habrá "golfeao" lo suyo. A ver si vamos a hacernos los castos, ahora que no nos oye el "páter". Usted y yo, como todos. ¡Y que no falten, se-

Hor de Fontibre!

FONT.- ¿Usted admitiría la libertad a cambio de renunciar a sus ideales, por ejemplo? Pero ¿qué digo de ideales, si usted los ha polarizado en un bisté con patatas?

MATIA.- No, tanto, señor. Al ideal del bisté con patatas me han hecho renunciar a la fuerza.

FONTI.- Le queda a usted el otro; el de apostrofar a las estatuas.

MATIA.- Y el otro más grande. Ahora, en serio. El de arrepentirme de la indiferencia con que ví crecer a mi lado esta hierba mala que nos envuelve como una trocha y nos ~~af~~fixia. Si salvo la pelleja, Matias Carras^{sa} como volverá a ser un neutro. Eso es no ser "ná". Peor que no ser "ná". Un corcho en el río, una pluma en el viento, una piedra "rodá" en el camino. ¡Siempre a la deriva!

PEPITO,
~~FONTI~~
FONTI,
~~FONTI~~

Como un átomo inútil del universo.

Inútil, no; perjudicial.

MATIA.- Juguete de los ríos, de los vientos y de los granujillas... ¡Ay, ^{Matias} Carras-cosa del Vado! ¡Que Mayan "jugao" contigo! ¡Contigo ^{que} podía darle a muchos de ellos

cinco amarracos de ventaja! He "llegao"
tarde, ya lo dije. ¡Dita sean Quevedo,
Lope de Vega y Bravo Murillo!

(Vuelve a pasearse)

PEPITO)

~~PEPITO~~-

FONTI)

~~FONTI~~-

Yo no entiendo a este hombre.

Yo sí. Es ~~un hombre~~ ^(como el gallo de una) veleta que, al ver-
se encima el rayo, querría ~~abrir~~ ^{abrir sus} alas.

PEPITO)

~~PEPITO~~-

Como la golondrina.

FONTI-

Como el cuco.

(Termina la confesión de Juana)

FROI.- Si alguno de ustedes necesita mi minis-
terio...

FONTI.-Yo.

J. MANU.-Y yo.

PEPITO.-Y yo.

FROI.- ¿Ustedes no?

Ma TER.-También.

FROI.- Acérquese uno.

MATIAS.-

(A Fontibre, que va hacia don
Froilán.)

¿No dice usted que no pasa nada?

FONTI.- Pase o no pase...

(Se arrodilla ante Don Froilán)

JUANA.-No olviden mis encargos.

PEPI.- Descuida. (Dándole la mano)

Pero necesito saber tu nombre para que, si sobrevivo, vaya al cuadro de honor que merece.

JUANA.- Entonces, no te lo digo.

J. MAN.- Y ¿cómo podremos cumplir sus deseos?

JUANA.- Calle del Amparo. Al final de los parreres. Verdulería. Una señora ciega. No hay confusión posible.

J. MAN.- Allí se sabrá.

JUANA.- Indudable. Yo no debo decirlo. Aceptamos recompensas, pero no firmamos solicitudes.

MATIAS.- Otra vez los pasos. ¡Dita sea la Fuente-cilla! (Levantando a Fontibre)

Vamos, hombre, que, si le ven a usted confesándose, dura usted menos que un cohete.

(Abren la puerta)

(Aparece el MELLAC.)

MELLAC.- ¿Quién es José Manzano?

M^{te} TER.- ¿Manzano, qué?

MELLAC.- ¡Manzano!

M^{te} TER.- ¡José Manuel Manzano!

MELLAC.- ¡José Manzano, "lehe"!

(A Pepito)

¡Tú!

M^{te} TER.- ¡No! (Abrazando a su hijo)
J. MANU.-

MELLAO.- ¡Tú, he' dicho! Es un joven de diecisiete años!

PEPITO.- ¡Diecinueve!

MELLAO.- Cállate, que la "pringas".

ME TER.- ¡No! ¡No! ¡Pepito! ¡Hijo! ¡No!

J. MANU.- ¡Cúmplase Tu Santa Voluntad!

MELLAO.- ¡Anda, joven, que te has "buscao" un "enchufe".

FROIL.- Es de pésimo gusto eso que haces.

FONTI.- Calle, don Froilán.

MELLAO.- ~~Sí~~ Frailón, porque eso de Froilán es un "sudónimo". Sé bien lo que me digo. Aquí, el compañero, se va más libre que un gorrión. ¡Las influencias! Ha venido a buscarle el propio Aguilar. ¿He dicho algo? Aguilar Correa. ¡"Ná" más que eso!

PEPITO.- ¿Aguilar Correa? ¿A mí? ¿Ese renegado? ¿Ese traidor?...

ME TER.- ¡Pepito!

J. MANU.- Serénate, Pepe. Aguilar Correa me debe casi todo lo que es. Me congratulo de que, en el fondo de sus extravíos, conserve el sentimiento de la gratitud.

PEPITO.- No quiero debarle la vida.

ME TER.- Y ¿qué vas a hacer? La fatalidad tiene esos juegos.

PEPITO.- (Al Mellao) José Manzano es este señor.
A él le debe Aguilar Correa la gratitud
que a mí me ofrece.

MELLAC.- Bueno, amigo. Aquí no se alza el gallo.
José Manzano eres tú y "a" por tí me ha
"mandao" el responsable.

PEPITO.- Y de mis padres, ¿no te ha dicho nada?

MELLAC.- Ni media palabra.

Ma TER.- Sálvate tú, Pepito. ¡Sálvate, por favor!

JUANA.- (Acercándose a Pepito)

Sálvate, por tu madre... y por la mía.

J.MANU.- ¡Y por mí, hijo mío!

(Abrazándole)

PEPITO.- ¡Papá!... (Acogojado)

J.MANU.- Que tu madre no te vea llorar.

PEPITO.- Descuida. (Serenándose)

MaTERE.- Adiós, hijo.

(Besándole con alegre serenidad)

Estoy muy contenta.

PEPITO.- Yo... ¡yo también!

(Abrazándola de nuevo.)

Yo también... ¡Yo también!

(Se desprende de sus brazos)

¡Yo también estoy muy contento!

(Dándole la mano a Juana)

¡Adiós!

MELLAO.- ¡Salud!

PEPITO.- ¡Adiós! Muy contento, mamá. ¡Muy contento!
¡Ya lo supondrás! ¡Adiós!... ¡Adiós!...

(Sale)

MATIAS.- ¿Y de mis avales? ¡"Ná"!

MELLAO.- ¡"Ná"! (A Juana)

¿Qué me dices tú? Cuando quieras, avisas.
Tengo esa orden.

JUANA.- Cuando quieras tú.

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

MELLAO.- ¿Arriba?

JUANA.- ¡¡Arrába!! (Alzando el brazo)

MELLAO.- (Bajándole el brazo)

Abajo, nena, que marcas de un modo...

MATIAS.- Si estoy viendo que de aquí no salen más
que los facciosos.

FONTI.- (Por lo bajo, a Matías)

No sea usted cobarde.

JUANA.- (A María Teresa)

Señora, rece usted por mí. (La besa)

Caballero... (Dando la mano a José Manuel)

Señor... (Saludando a Fontibre)

Don Froilán...

(Al estrechar su mano, de es-
(paldas al Mellao, se la lle-
(va a los labios.

MATIAS.- Y ¿"pá" mí no hay "ná"?



JUANA.- ¿Cómo no? (Abrazándole)

¡Qué pena me dá usted!

MATIAS.- ¿Yo?

JUANA.- Usted... usted... ¡Qué lástima!

(Matías se queda petrificado)

Vamos cuando quieras.

(En la puerta)

¡Viva España!

(Matís seguida por el Mellao)

MATIAS.- ¡Dito sea el Comendador! Esta sabe algo.

FROIL.- (A Fontibre) Le he dado la absolución.

FONTI.- Gracias. (Le besa la mano. María Tere-
(sa y José Manuel sentados en
(sus escabeles, meditan ausen-
(tes de todo.

¿Ve usted, Matías, como no pasa nada?

MATIAS.- ¿Usted cree que la joven se rajará a lo
último?

FONTI.- ¿Quién piensa tal cosa? La joven nos da
un ejemplo y nos señala un camino de con-
formidad, si somos incapaces de su herois-
mo.

MATIAS.- Esa es una suicida. Pero lo cierto y ver-
dad... ¡Quién sabe! El chico, ya lo habrá
usted "oservao": "facista". ¡Y, a la ca-
lle de la mano de-un "mandamás"! Aquí, al

clérigo, lo tienen hace tres días enso-
tanao, vamos, quiero decir, en el sótano,
y va salvando horas. Al matrimonio,
¡calcule usted! En cuanto el chico les
junte diez o doce avales... Y que quien
hace un cesto hace ciento. Ese Aguilar
Correa puede ahora mucho. Es el jefe de
abastos. Aquí... usted y yo somos la pin-
ta y el mingo. Y lo mío es una injusti-
cia, porque yo voté la república. ¿sabe us-
té? Y a mí que no me vengan con dilemas...

FROIL.- "Primum vivere". ¿No es eso? Primero, vi-
vir.

MATIAS.- ¡A ver qué vida! Y, luego, a minar el ré-
gimen hasta hundirlo. Que a mí el hotelito
de Peña-Grande y el taller de marmolista
no me lo devuelven más que los otros.

FONTI.- Respira usted por el bolsillo.

MATIAS.- Aparte las ideas, que son "sagrás". Pero
a mí no me gustan los alardes.

FONTI.- A usted no le gusta más que el jamón se-
rrano.

MATIAS.- Y el orden, palabra. Donde no hay orden,
no hay "ná".

FONTI.- ¿Qué orden?

MATIAS.- ¡Orden, señor! Cada uno en su casa y Dios en la de todos.

FONTI.- ¡Cada uno en su casa!

MATIAS.- Esa es la religión de los hombres "honraos"

FONTI.- Los hombres honrados, metidos en casa. Y en la calle... los arribistas, los concupiscentes, los granujas. Y en los pedestales...

FRACIL.- En los pedestales, el amigo Matías no dejó a nadie sano.

MATIAS.- ¿Cómo que no? ¡Ditos sean los cien reyes godos de la Plaza Oriente! ¿No oyen "ustés" los pasos? ¡Y el cerrojito!

(Se abre la puerta y entra el
(MELLAO.

MELLAO.- ¡Rogelio Fontibre!

FONTI.- ¡Qué! (Altivo)

MELLAO.- ¿Tienes reloj?

FONTI.- No lo uso.

MELLAO.- (Se acerca a él y le cachea)

• ¿Qué es esto?

FONTI.- Una medalla.

MELLAO.- ¿De oro?

FONTI.- No. Mirala.

MELLAC.- De alpaca. ¿Dinero?

FONTI.- Unas pesetas. Díez o doce.

MELLAC.- Buenas son. (Fontibre se las entrega)
¿No tienes más?

FONTI.- Un secreto; pero te lo voy a decir en confianza. (Al oído)
¡Sois unos malvados!

MELLAC.- ¡Hum!... (Conteniéndose y acercándosele
(al oído.

Favor por favor. Te vamos a dar "el paseo"

FONTI.- Lo suponía.

MELLAC.- Si hubiera venido a libertarte, me habrías "hablao" de otro modo.

FONTI.- No lo sé.

MATIAS.- (A Don Froilán) Están secreteando.

FROIL.- ¡Sabe Dios qué será!

MATIAS.- Este miliciano me parece a mí un buen hombre en el fondo.

FROIL.- Es posible.

MELLAC.- (En voz alta) ¡Echa "p'alante"!

FONTI.- Vamos. (Le va sin mirar a los otros.
(Le sigue el Mellac.

MATIAS.- Usted ¿qué opina de esto? ¿Va libre? ¿Va al paredón? ¡Dita sea la Puerta Toledo!

FROIL.- Yo creo en lo peor.

MATIAS.- Menos mal. Porque tan y mientras que vayan siendo los otros...

FROIL.- Hermanos míos: hagamos juntos un acto de contricción.

(Acercándose a María Teresa y a José Manuel que continuaban en-
(simismados.

Ustedes también.

M^a TER.- (Volviendo de su sopor mental)

¿Cómo? ¿Qué dice?

J. MANU.- (Lo mismo)

¿Ya?

FROIL.- Decía que colectivamente nos dispongamos a morir.

M^a TER.- ¡Ah! ¿Dónde está Fontibre?

MATIAS.- ¡Sabe Dios!

FROIL.- ¿No le han visto salir?.

(Los dos cónyuges deniegan mími-
camente.

Pensamos que no ha sido para bien.

MATIAS.- Yo tengo mis dudas. Cuando uno se salva, se va como ese caballero, sin despedirse. Y han "cuchicheao" el miliciano y él. Estoy un poco mosca. ¡Mosquísima!

FROIL.- En todo caso, la suerte de ese caballe-

ro no es presagio de la nuestra. Digan todos conmigo: "Señor..."

LOS TRES.- "Señor..."

FROIL.- "Recíbeme en Tu Seno".

LOS TRES.- "Recíbeme en Tu Seno"

FROIL.- "Perdona mis culpas"...

LOS TRES.- "Perdona mis culpas"...

FROIL.- "Como yo perdono..."

MATIAS.- ¿A éstos también?

FROIL.- También, hermano. Perdonemos de corazón a todos nuestros enemigos.

MATIAS.- ¡Quié, hombre! ¿Voy yo a perdonar a unos granujas, perros como lobos, que me han arruinado "pa" siempre?

FROIL.- Sí, hermano. Si la Providencia dispone que salve usted la vida, proveerá también para que rehaga su hacienda por el trabajo, que es la única redención de la pobreza.

MATIAS.- Bueno, conforme. Pero si me asesinan, ¿también tengo que perdonarles?

FROIL.- También.

MATIAS.- ¡Eso sí que no! ¡Bueno estaría! ¿Ellos a fusilar sin causa ni motivo y uno a suprimirse el derecho del patateo? ¡Bue-

nos; pero no tanto, rediez! A mí que no me den tiempo de hablar, porque, como me dejen, me van a oír, ¡palabra!

FROIL.- Menguada compensación a toda una vida eterna de tormento.

MATIAS.- ¿Qué dice usted?

FROIL.- Que no hay misericordia para las almas rencorosas. Dios ha dispuesto que seamos mártires, nos brinda una corona de santidad que no hemos merecido y debemos ir a la muerte con alegre ánimo y corazón limpio para que El no nos niegue Su Gloria.

MATIAS.- Sí, claro... desde luego... Pero ¿yo qué les he hecho a estos criminales "pa" que me ejecuten?

FROIL.- Injusticia humana. Y usted, ¿qué hizo para merecer emparejarse con los héroes y los mártires del Cristianismo?

MATIAS.- Nada... es verdad. Lo corriente. Ni mejor ni peor que la mayoría.

FROIL.- Vea usted la bondad de Dios. Por un sencillo acto de generosidad, le iguala con los mejores. Sigamos. "Perdona, Señor, mis culpas"...

LOS TRES.- "Perdona, Señor, mis culpas"...

FROIL.- "Como yo perdono..."

LOS TRES.- "Como yo perdono..."

FROIL.- "A todos mis enemigos".

LOS TRES.- "A todos mis enemigos".

FROIL.- (Inicia las paces rituales de la
(absolución que continúa en voz
(baja.

"Misereatur vestri Omnipotens Deus..."

(Pausa y, después bendice dicién-
(do:

"In nómine Patris, et Filii, et Spiritus
Sancti. Amén".

MATIAS.- La "verdá", padre, es que ahora, tanto
"me se" importa la vida como la muerte.
¡Me he "quedao" la mar de tranquilo!

FROIL.- ¿Lo ve usted, hermano? La conciencia
tranquila es la salud del alma.

(María Teresa se aparta hacia el
(fondo.

J.MANU.- Mi conciencia también está hoy limpia de
remordimientos; pero me iré de la vida
con pena, porque a mi hijo... ¡sabe Dios
cuánta falta le haría en estas circuns-
tancias!

FROIL.- ¿Hubiera usted preferido su muerte a su
libertad?

J. MANU.- Sí, lo confieso. ¡Morir juntos los dos, abrazados y unidos por el mismo ideal!

María Teresa... ¿te pasa algo?

MA TER.- ¡No, nada... Pepito... ¡Ay, Pepito!

MATIAS.- ¡Los pasos del Mellao!

FROIL.- Y esta vez sin maldecir los monumentos públicos!

MATIAS.- Los he "agotao". Y, además, señor cura, antes era un neurótico y ahora soy un impertérrito. Sobre que hay un no sé qué avisándome que "usté" y yo vamos a comer-nos juntos muchas paeñas.

(Se abre la puerta y entra el
MELLAO.

MELLAO.- Matías Carrascosa...

MATIAS.- ¡Mi madre!...

(Indeciso entre la alegría y el
terror.

MELLAO.- Froilán Cachero...

FROIL.- ¡Presente!

MATIAS.- ¿No lo dije? (Ilusionado)

J. Manu.- Y ¿quién más?

MELLAO.- *Por ahora... (buzcando)*

~~FRILAN~~ Caballero... Señora...

D. FROILAN

MATIAS.- El reloj... ya me lo quitaron a la entrada.

MELLAO.- Te iba yo a preguntar.

MATIAS.- ¿Cómo...? (Descompuesto)

MELLAO.- (A Froilán) ¿Y tú? ¿Tienes algo?

MATIAS.- Pero oye, tú... Que estarán en camino los avales... Que yo he "votao" la república... Que fíjate en los callos... Que idita sea la Nacrópolis con todos sus veinte mil sarcófagos!

MELLAO.- ¡Primer "facista" que veo con pánico!

MATIAS.- ¡Porque no lo soy!

MELLAO.- ¡Anda "p'alante", pájaro!

MATIAS.- ¿En serio?

MELLAO.- Por mí, podemos ir carcajeándonos.

MATIAS.- (Rehaciéndose) ¡Está bien, Francisco!... ¡Hala!... Buenas noches, señora... Adios, caballero. ¡Vamos, Don Froilán!... Pero... de aquéllo,... De aquéllo, ¡nada!

(Sale muy dignamente seguido por don Froilán y por el Mellao.)

Me TER.- ¡Gracias a Dios!

J.MANU.- ¿Confías?

Me TER.- No confío. Esta mazmorra es la antesala de la muerte.

J.MANU.- Sin embargo, Pepito... Ha querido comportarse bien Aguilar Correa.

M. TER.- Calla, calla...

J.MANU.- Hizo lo que debía. Cuando llegó a mi bu-

fete traía por todo bagaje un título calentito de abogado, una ignorancia inmensa y una ambición sin límites.

Me TER.- Aguilar Correa hizo lo que debía...ahora.

J.MANU.- Ciertamente. A mis lecciones prácticas, a mis orientaciones profesionales, a mi protección desinteresada correspondió un mal día con una traición.

Me TER.- Sí... ¡Horrible!

J.MANU.- Se afilió al partido de nuestros antipodas porque en el nuestro... El siempre decía que odiaba los escalafones. Allá, en las izquierdas, un orador persuasivo, como él, tenía amplio horizonte para triunfar a prisa. Porque las masas españolas han sido como las mujeres fáciles, propicias a caer con el peor si halaga^{la} sus oídos con bellas palabras utópicas.

Me TER.- José Manuel...

J.MANU.- Estás aterrada. ¡Pobre esposa mía!, luz de mi hogar!... Quieres aferrarte a la vida... por tu hijo.

Me TER.- Sí, por mi hijo.

J. MANU.- Es la grave preocupación que ensombrece esta agonía nuestra, exenta de dolores físicos, de angustias, de estertores... ¿Quieres creer, María Teresa, que mi cuerpo se siente, como nunca, sano y vigoroso? ¡Estas **son** agonías! ¡Agonías del alma! Mi hijo, en medio de las turbas, expuesto a los peligros más tremebundos... ¡Las checas! ¡Las cárceles!... ¡O el frente! El frente contrario al de sus sentimientos. Podrá pasarse ¡claro! Pero, hasta que lo logre, le obligarán a que dispare contra los suyos... ¿Comprendes qué horror?.

M^{te} TER.- Sí, sí; comprendo. Salvo que Aguilar consiga eximirle del servicio.

J. MANU.- Acaso. Pero, entonces... ¡oh, no! En él no lo creo. ¡Sería lo peor!... ¡Sólo siento morir por eso!

M^{te} TER.- ¿Por qué?

J. MANU.- Por si extrema Aguilar sus cuidados de protector, por si gana su voluntad a fuerza de bondades y, con el tiempo, faltando nosotros, ve en él a ~~un~~ ^{un} nuevo padre y se deja seducir por sus tópicos.

Me TER.- (Sin voz) ¡José...!

J. MANU.- ¡Toda mi obra de educación, perdida!
 ¡Perdida ^{su} ~~mi~~ alma para Dios! ¡Perdidos
^{su} ~~mi~~ buen cerebro y ^{su} ~~mi~~ gran corazón para
 España! No es tanto mi hijo porque lo
 engendré, como por haberle modelado a
 mi imagen y semejanza.

Me TER.- Eso, sí.

J. MANU.- Recuerdo que, recién nacido, no me hechizaba como a tantos padres noveles. Que si los hoyuelos, que si las pataletas, que si el primer diente... No. Fui toda la vida poco aficionado a los juguetes, a los animales domésticos y a los ingeniosos artilugios mecánicos. Cuando oí su primer balbuceo, -"pa-pá"- el nene comenzó a ser mi hijo.

(María Teresa llora suavemente)

El día que le hice comprender la primera idea sencilla y sublime, la idea de la caridad, cuando ~~le~~ partió a mi instancia un bizcocho con el chiquillo de la portera que le miraba comer envidioso, brotó en mí la conciencia de la paternidad. Tuve a gala, y me engríe re-

cordarlo, enseñarle yo mismo a leer, explicarle el significado de las palabras, vehículo simpar de los conocimientos. A rezar, le enseñaste tú.

MA TER.- Sí. Era una obsesión, una impaciencia la que sentía por que mi hijo hablase... "En cuanto hable, rezaré por mí". Necesitaba sus oraciones como una medicina para mi espíritu atribulado. Entonces, tú y yo... no nos amábamos. Nuestra unión fué un matrimonio de conveniencia. Tú eras rico y maduro. Yo era pobre y hacendosa.

J. MANU.- Y buena conmigo.

MA TER.- ¡Contigo!

J. MANU.- Conmigo y con todos.

MA TER.- ¡Contigo, no!

J. MANU.- Calla, mujer ¡Qué escrúpulos! ¿Por qué no eras buena conmigo?

MA TER.- Vamos a morir. Estoy ante tí como acaso dentro de una hora me presente a Dios, desnuda del alma.

J. MANU.- Y ¿qué? Dios te perdonará tus tremendos pecados. (Acariciándola paternalmente)

M^a TER.- Dios me perdonará, pero yo no me he perdonado. Tenía razón esa pobre muchacha heroica. Hay que ^{(el vuelo de} sentir las culpas. ~~que~~
~~se debe sentir~~. Cuando me miro al espejo en el fondo de mis pupilas veo una sombra, un vaho... Es el humo de la conciencia, escaldada por el remordimiento. A las puertas de la otra vida, frente a tí, mi Dios, mi juez, quiero mirarme en tus ojos por última vez y que los míos rutilen como dos estrellas solitarias sin polvo de nebulosas.

J. MANU.- ¡Mírate, pues! Aquí, junto a la ventana. Bien sé, María Teresa, que por mucho que puedas acusarte de indiferencia hacia mí, por aquellos remotos años, mi pecado de desinterés era, mayor que el tuyo. Al nacer nuestro hijo, no había liquidado todavía ~~el~~ ^{el} viejo amorío. El me libertó al decirme: ¡"pa-pa"!

M. TER.- Cuando nació mi hijo... ¡no era hijo tuyo!

J. MANU.- ¿Qué dices? (A punto de ahogarla)

M. TER.- ¡Suelta!... ¡Socorro!...

J. MANU.- ¡Calla! (La suelta)

Necesito que estemos solos... ¡Calla!

(Se aparta de María Teresa)

MA TER.- ¡Perdón!... Fué un grito del instinto. ¡Mátame! ¡Ahógame! Eres tú quien tiene el derecho de matarme. ¡Mátame tú! ¡Estrangíllame! Toma mi cuello No gritaré, te lo juro. Como los condenados a garrote, rezaré el credo... Cuando llegue al "su único hijo..."

J. MANU.- ¡Calla! ¡Calla! (Pausa)

¡Es mi hijo! ¡Es mi hijo! ¡Señor: tú sabes que es mi hijo, aunque no lleve sangre de mi sangre! ¡Es mi hijo! (Pausa)

MA TER.- José Manuel... (Pausa)

J. MANU.- Ya puedes hablar. Perdono a mis enemigos para que a mí me perdone Dios. Hace quince años, dieciseis, no te hubiera perdonado. ¡Y habría sido una gran desdicha para mí! Hoy, sí te perdono. Delante, la muerte. Detrás, toda mi misión de padre, cumplida con vocación, con entusiasmo y con éxito.

MA TER.- Mi culpe sólo tiene una atenuante. Dos.

J. MANU.- Sabías que yo también te ultrajaba con una infidelidad.

M. TER.- Sabía que no nos queríamos.

J. MANU.- Antes lo has dicho: fué nuestra unión un matrimonio de conveniencia. Mi madre quería apartarme de aquella otra mujer. Mi santa madre y tú no lo conseguisteis. Pepito, sí. "¡Pa-pa!" (Pausa)
¿La otra atenuante?

M. TER.- Mi antiguo y sincero arrepentimiento. De mi fatal extravío me libertaste tú.

J. MANU.- ¿Yo?

M. TER.- Por lo mucho que amaste a mi hijo. Yo te veía cuidarle, educarle, guiar sus pasos, enderezar sus yerros, cultivar sus gustos, aconsejarla, acompañarle...

J. MANU.- Por eso es mi hijo. Ese otro padre no hizo más que imponerle la vida, como una condena. Ahora... se la vuelve a imponer.

M. TER.- ¿Sabías que era...?

J. MANU.- No podía ser otro. No me dró a mi lado más que un ^{sole}traidor. ¡Aguilar Correa! El mozo guapo, el orador florido, el audaz sin escrúpulo...

M. TER.- No merecemos tu perdón.

J. MANU.- Tú, sí...

M. TER.- ¡José Manuel!

J. MANU.- ~~¡~~... Merecerlo quizás sea exagerado.
Pero... acéptalo.

M. TERE.- ¡Gracias!

J. MANU.- No me lo agradezcas. La muerte que te ha ^{data} dado, hace tiempo, -entonces el primer pasional era ^{un} imperativo español, - te llega por las manos impuras de tu amante. El ha armado el brazo de nuestros verdugos. ¿No tengo que perdonarte?

M. TERE.- Muero con serenidad. Si tuviera un espejo, mis ojos brillarían ahora limpiamente, purificados por mi confesión.

J. MANU.- Para ^{mi espíritu} ~~la~~ traición vuestra ha sido un buen negocio. ~~aspirar~~ ~~Por lo visto~~ ~~hizo~~ ~~la~~ ~~traición~~ ~~vuestra~~ ~~ha~~ ~~sido~~ ~~un~~ ~~buen~~ ~~negocio~~. Ni Amelia ni tú me disteis un hijo... propio. Pero, óyelo bien, no olvidéis esto, más allá de la muerte: Pepito es mi hijo. ¡Mío! A estas horas, -con qué bárbaro gozo lo pienso!- estará insultando a Aguilar Correa, le increpará con brío reprochándole la libertad que le ha concedido. Despreciará la vida que le ha dado, por segunda vez, y en ese desprecio irá envuelto un profundo desdén por la

otra. "No quiero esta vida que me has dado sino para vivirla tal como mi padre, -¡yo!- me lo impuso por caminos de amor". Y el traidor sentirá en la cara, como un hierro candente, la vergüenza de su traición.

M^o TER.- Pero si Aguilar se decide a confesarle toda la verdad. ¡Es espantoso!

J.MANU.- No, no tiembles por eso, mujer. Si Aguilar le confiesa que es su padre, tu hijo no lo creerá. Tendría que renunciar a la santidad de tu memoria que yo, engañado, le incuqué. Si Aguilar se atreve a tanto, Pepito ¡lo estrangulará! (Pausa)

M. TERE.- ¡Dios te lo pague todo! La formación de nuestro hijo, tu retorno, -tu aproximación,- a mí, tu perdón generoso...

H.MANU.- El perdón... no me lo agradezcas. A la hora augusta de la muerte, no hay amor propio, pasiones, afán de desquite, rencor... El alma se siente cerca de Dios, libre de los instintos que son expresiones groseras de nuestra carne flaca. El instinto, talento de los animales, nos iguala a ellos. Es la potencia del cuer-

po. Las potencias del alma son las vir-
(La virtud de esta hora, la fortaleza.
 tudes.) Ambos nos sentimos felices, tú
 cuando confiesas, yo al perdonar, más re-
 signado que alegre, porque la muerte nos
 acecha. Ayer mismo, aunque el pavor ante
 la amenaza difusa nos inclinara a la bon-
 dad, confesar te habría parecido locura
 y a mí el perdón, cobardía. Una fuerza
 de gracia nos impulsa. A tí y a mí, nos
 importa ahora, ante todo, la salvación
 del alma. No me agradezcas el perdón.
 Vamos a separarnos...

(Abrazándola emocionado)

Quiero olvidar tu culpa, y es más que per-
 donaria. No me lo agradezcas tampoco. ¡Sea
 Dios indulgente con este egoísmo! Quiero,
 si se nos concede, formar contigo frente
 a los verdugos, dándote la mano, lleván-
 dome en el alma el recuerdo de cómo te
 creí: de la madre de mi hijo. ¡Qué for-
 tuna la de la muerte cuando viene a po-
 seernos! Por la gracia de Dios, nos en-
 cuentra purificados.

M. TRR.- ¡Purificados! ¡Gracias, José Manuel!

¿Oyes? (Se abre la puerta y aparece el
 (MELLAC.

MELLAC.- ¡Caballero! ¡Señora...!

Me TER.- ¿Caballero?

J. MANU.- ¿Señora?

MELLAC.- En este asunto, al parecer, ha habido un error. El responsable me encarga decirles que "ustedes" perdonen.

Me TER.- ¡Oh...! (Aterrada)

J. MAN.- Yo... francamente... creo que el error lo cometen ahora.

MELLAC.- No, no... ¡Antes! Pero no creo que se atrevan "ustedes" a discutirlo, siquiera por lo que supone la orden de libertad.

Me TER.- ¡Dios mío!...

MELLAC.- ¡Ea, señores! ¡A vivir!

Me TER.- ¡A vivir!

J. MANU.- ¡A vivir!

(Ambos caminan hacia la puerta
(como dos agonizantes.)

T E L O N

CARMEN MORENO
Copista Teatral
MURCIA, 26, 1.º B
TEL. 77488
MADRID

FEDERICO ROMERO y GUILLERMO FERNANDEZ SHAW.

P E N A D E V I D A

ACTO SEGUNDO.

o
o o
o

"PENNA DE VIDA"

ACTO SEGUNDO.



FERNANDEZ-SHAW

ACTO SEGUNDO

Habitación trastienda de una verdulería, de cuya antigua abundancia no queda más que los envases de las hortalizas que aquí y allá se amontonan vacíos por los rincones. Consta el mobiliario modesto de una mesa camilla con faldas, en el centro. Algunas sillas y sillones de enea. Un botijero con un cántaro y un botijo. Un armario blanco a la derecha, tapando una puerta de escape. Hay otra puerta en el fondo con una cortina de arpillera y otra tercera, al lado izquierdo con cortina de tela rameada.

(DOÑA ANUNCIA, modesta señora, ciega, con anteojos de cristales negros, aparece sentada en un sillón junto a la camilla, ante un plato del que come por mano de DARIA, mujer del pueblo, dueña de la verdulería.)

DARIA.- Tome, señora, que ya queda poco. Es decir, poco... ¡"ná"! ¡Ya era "am" poco lo que le traje

ANUNCIA.- No puedo, Daría. Mientras esté Juanita en la calle, no vivo.

DARÍA.- Ahí parece que llega. No. Es la Filo.

(Aparece ésta por el foro. Es una joven algo zarrapastro-
sa.)

¡Mira qué pinta!

FILO.- ¡Vaya,! "Señá" Daría, que usted la ha "tomao" con la pinta de una... Y una, pues... ¡a ver! Como no hay telas...

DARÍA.- ¿Y la cara que traes llena de churretes?

FILO.- Como no hay jabón...

DARÍA.- ¿Y esos andares de vaivén que pareces una mecadora "desnivelá"?

FILO.- Como no hay que comer, pues una... no sabe como pisar "pa" no caerse. Aquí sí que huele a condimento. Hace año y medio que no falta de "ná"; desde que se vinieron a vivir el señorito Pepe y su señora madre...

DARÍA.- Calle, galocha. ¿Qué se come aquí? Pruébalo. (Le da un bocadito con el tenedor.)

FILO.- ¡Merluza "rebozá"! ¡Qué rica!

DARÍA.- ¡Merluza "rebozá"!

FILO.- ¡Mi madre! ¡Una espina!

DARÍA.- Pero, muchacha, si es una raja de cebo-

lla, "camufiá" con harina de pitos.

FILO.- ¡Uy, de pitos! Pues, por mí, con esa receta "pué" usté dar la vuelta al ruedo.

ANUNCIA.- Cómete-la toda, si tanto te gusta.

FILO.- No, no señora. Que hoy es viernes de Cuarema. Aunque no lo diga el papel, en casa lo sabemos, y yo no promiscuo.

DARIA.- ¿Promiscuar?

FILO.- ¡A ver! Merluza de mentirijillas y bisté de extranjis que tenemos en casa...

DARIA.- ¿Bisté de extranjis?

FILO.- Sí señora. Lentejas con bichos, que ahí está el bisté, aunque no queramos. Yo me apañó con las pipas.

(Saca del bolsillo un puñado
(de pipas de girasol que va
(devorando y cuyas cáscaras
(tira al suelo.

ANUN.- Y ¿qué se cuenta por ahí?

FILO.- ¡Anda! Y yo que venía a ver si saben algo. "Paese" que nos están zumbando. ¡Qué gustó! Yo, "pa" alegrarme, tengo que estar aquí, porque en la portería, como hay de "tó"...

DARIA.- Y que tu madre siempre ha sido roja.

FILO.- La nariz "na" más. Pero desde que no hay.

aguardiente, le está evolucionando. ¡Ay!
¡Gracias a Dios! Porque, mire usted, "señá"
Daria. No es "pa" creído, pero mi madre
parece que bebía cola.

ANUN.- Coca-cola.

FILC.- Cola de pegar.

ANUN.- ¡Pobre chica!

DARIA.- ¡Buena está la chica con ese aspecto de
tonta!

FILC.- Que yo no he "venío" a que se me falte.

DARIA.- A lo que has "venío", ya lo sé. A ver qué
se sabe de mi Nemesis, que no sé qué te
ha "dao" ese chico, pero desde que se lo
llevó el SIM, estás que no paras de ve-
nir.

FILC.- Sí, señora. A eso he "venío". Porque
¿sabe usted? Aquí *huele* a Nemesis. Antes
lo he "notao". Sino que, como estaba el
señorito Pepe, no me he "determinao" a
preguntar.

DARIA.- ¿Pues no dice que huele a Nemesis?

FILC.- ¡Vaya si huele! Su mismo perfume.

DARIA.- Esta chica "tis" los "sentios" no sé có-
mo. ¡"Tó" le sabe a merluza y "tó" le
huele a Nemesis!

FILO.-- Ya ve usted la "señá" Daría. Su hijo en las garras del SIM. Y ella... pues tan fresca. ¡Que no soy yo poco tonta! Y que huele a Nemesio, ¡vaya! eso es "asimático".

DARÍA.-- ¿Quieres que me pase el día haciendo pucheros "pa" que el hojalatero de enfrente me afee la pena como la "primer" semana que los hice?

FILO.-- Yo no digo que haga usted pucheros, pero alguna tartera de esas de las anguias sí ~~usted~~ ^{usted} hacerla. Porque el hojalatero y "tós" los hombres "coscientes" de la "vecindá", empiezan a decir que lo de su hijo es una novela y que, si no estuvieran ustedes con quien están, ya había "habío" un registro a fondo.

ANUN.-- ¿Eso dicen?

FILO.-- Eso mismo, "señá" Daría. Y hace veintidos años, cuando estaba usted encinta de él, no se lo habrían "encontrao" por más que registrasen; pero ahora...

ANUN.-- ¿Quieres asomarte a ver si viene el hija?

FILO.-- "¡Andá!" Más de media hora lleva de chachara con el hojalatero. ¡Lo vuelve ta-

rumba!

- ANUN.- Un día nos va a traer un disgusto. Por-que el hojalatero es...
- DARIA.- Un chacal.
- FILC.- Yo que usted no pasaría "cuidiao" por su hija, mientras esté aquí el señorito Pepe.
- ANUN.- Sin embargo...
- FILC.- ¡"Ná"! No hay "cuidiao".. Un hombre que la sacó de la boca de los fusiles en el paredón, la saca del infierno. El señorito Pepe es el amo! Yo no me explico el por qué, pero es el amo.
- DARIA.- Tampoco yo me lo explico, porque un señorito más aparente, no lo hay.
- ANUN.- Ni más cristiano ni más contra "esto".
- FILC.- Ahí verá usted. Yo he oído...
- DARIA.- ¡Cállate, cállate!... Que ni de lo que catas, ni de lo que hueles, ni de lo que oyes, me fío un pelo.
- FILC.- Bueno, pues ¡a callar! Pero "pe" mí... La cebolla esa era maritima, aquí huele a Nemesio y el señorito Pepe...

(Levántase la cortina de la izquierda y entra MARIA TE-
(RESA con distinto traje que
(en el acto anterior, más mo-

(desto aún, casi popular.

ME TERR.- ¿Le pasa algo a mi hijo?

FILO.- ¿Qué va a pasarle? Su hijo está "asegurao" de incendios.

(Suspira María Teresa)

DARIA.- ¿Va usted a salir, señora?

MOTERR.- Sí, Daría. De mi marido no sabemos hace dos semanas.

ANUN.- ¿No estuvo aquí ayer?

DARIA.- ¿Ayer?... ¿Qué va a estar ayer, doña Amancia, que está usted "distraída"?

ANUNC.- No me regañes, mujer. Soy una ciega novicia aún y confundo el metal de las voces.

ME TERR.- Sí, ya comprendo. No la regañe usted.

FILO.- (Aparte) ¡Cualquiera dice lo que "me se" está ocurriendo! Con lo poco que se fían de mis ocurrencias.

(Yendo al botijero)

¿Puedo echar un "buche"?

DARIA.- De eso, lo que quieras.

FILO.- Gracias. (Beba, chupando el pitorro)

DARIA.- Pero oye, tó... Beba limpiamente. Que te pasa lo que a mi hijo, se guarra.

FILO.- Si es que el pitorro sabe a Nemesio,

"señá" Daría.

DARIA.- ¡Y dale con Nemesio! ¿No te he dicho mil veces que está en Chinchilla?

FILC.- ¡Pobrecillo! ¡Cómo se picarán!

DARIA.- ¡Calcula!

FILC.- Pero mientras no le cambien de suerte...

DARIA.- ¡Arrea! (amenazándola)

FILC.- Con Dios. Y eche usted un poco de Flit, porque si llega por acá la Poli, nos lo pascan. ¡Mira que decir que no huele a Nemesio!... (Milita por el foro)

ANUN.- Es un diablejo.

DARIA.- Y con un olfato...

ANUN.- Ya, ya... (Levantándose)

ME TER.- ¿A su siestecita?

ANUN.- Puesto que Juana ha vuelto... (A Daría)
Pero a ver si me la apartas del hojalatero.

DARIA.- En cuanto la deje "acostá".

(Va llevando a Dona Anuncia
hacia la puerta de la izquierda.)

ANUN.- Cómo te pagaremos, hija.

DARIA.- Con el cariño que me dispensa usted hace treinta años.

ME TER.- ¿Y nosotros?

DARIA.- Con una buena "voluntá".

MATER.- ¡Lucha hace falta.

(Mutis de Dona Anunciá y Daría.)

Vamos a... "camuflarnos". ¡Qué palabrotas han salido, sabe Dios de dónde!

(Abre el armario para sacar un mantón de lana. Se oyen unos golpecitos.)

Si, estoy sola. No puedo con el armario. ¡Y siento pasos de hombre!

(Cierra el armario precipitadamente y se pone el mantón. Por el foro entra PÉPITO.)

PÉPITO.- ¡Vivan las chalapas!

MATER.- ¡Hijo!... Es un requiebro que no me gusta nada.

PÉPITO.- ¡Veamos, señora!

(Besándole la mano)

¿Le gusta a usted así?

MATER.-

(Abrazándole y besándole)

Así me gusta más. ¿Qué tres en ese envoltorio?

PÉPITO.- Cuatro fruslerías.

(Desenvuelve el paquete)

Una latita de anchoas. "Made in England"
Carne sueca con especias de Oceanía. ¡Un

explosivo! Tres "chuscos". Y esto para ti. ¡Mantequilla!

ME TER.- No, gracias. Dásela a Juanita.

PEPITO.- ¿A Juanita? Antes perecerá que probarla. Ha hecho voto de ayuno. ¡Daria! ¿Tiene un abrelatas? (Junto a la puerta de la izquierda.)

ME TER.- Pepito: ¿de donde procede todo eso?

PEPITO.- No te preocupes. Lo he cambiado por una cajetilla de mataquintos. Ventajas de no fumar.

ME TER.- ¿De veras?

PEPITO.- ¡Palabra de honor!

(Sale Daria)

DARIA.- Si abre-latas.

PEPITO.- No, mujer. Es decir, sí. Pero quiero el otro. Este es para abrir libros de propaganda. (Mutis de Daria)

ME TER.- ¿Has visto a tu padre?

PEPITO.- Hoy, no. Ayer.

ME TER.- Cuando estuvo aquí.

PEPITO.- ¡Claro! ¿Tú no lo viste?

ME TER.- Sí; pero... quedó en volver hoy.

PEPITO.- Papá es un raro. Debía vivir con nosotros.

ME TER.- Ya sabes que papá está acostumbrado a

otras comodidades.

PEPITO.- Y nosotros también.

DARIA.- (Saliendo) El otro: el del tomate.

PEPITO.- Gracias.

DARIA.- ¿Algo más?

PEPITO.- Nada, Daría. Gracias.

(Mientras Daría mientras Pepi-
to se dispone a abrir las dos
cajas.)

No te vayas, madre. Vamos a comer.

Me TER.- Yo ya he comido.

PEPITO.- ¡Vaiso! ¡A ver! ¡échame el aliento!

Me TER.- ¡Qué niñerías! He comido ya. En serio.

PEPITO.- Pues, en serio, verás como le meto mano a
la carne sueca. ¡Aunque reviente!

(Pausa)

Me TER.- ¡Hijo mío!... ¿Qué hay de la evacuación?
¿Fuiste a la Cruz Roja?

PEPITO.- Sí. Lo tuyo está hecho. Lo de papá, di-
fícil. Lo mío, imposible. Hay una mano
oculta...

Me TER.- ¡Claro! La de Aguilar Correa.

PEPITO.- No sé. Te advierto que Aguilar ha cam-
biado mucho.

Me TER.- ¿Y tú?

PEPITO.- Memá... ¿Esa pregunta es un reproche?

¡Habla claro! ¿Dudas de mí?

Me TER.- ¿Ves con mucha frecuencia a Martín Aguilar?

PEPI.- Con frecuencia, no. Cuando tengo que echarle una mano a Juanita. ¡Esta muchacha es tan valiente! ¡Se mete en unos líos!...

Me TER.- ¡Así son nuestras mujeres! ¿Ya no te acuerdas?

PEPITO.- ¿Qué me quieres decir?

Me TER.- ¡Tanto tendría que decirte! Pero me falta... ¡qué se yo!

PEPITO.- ¿Inocencia?

Me TER.- Las madres no necesitamos para nada de la literatura. Es otra cosa, Pepito, lo que me falta que no sé cómo a definir. Quiero abordar ciertos temas peligrosos, porque me llevarían a reproches que tú presentes en mis gastos, en el tono de mis palabras tal vez y ¡no puedo! ¿Por qué? Porque eres mi hijo. Y yo quisiera que mi hijo fuese tan puro que, poniendo en tela de juicio su conducta, ya me parece mancillarlo.

PEPITO.- Y ¿no me crees como me quisieras?

Ma TER.- ¡Como te quisiera!

PEPITO.- Como mi padre.

(María Teresa calle)

Te parece poco aún, ¿verdad? Lo encuentras algo comodón, un poco inadaptado a la necesidad del momento...

Ma TER.- ¡Calla, calla, hijo!... ¿Todavía no te has dado cuenta de que tu padre vive ~~peor~~ ^{peor} que vivimos nosotros, gracias a tí?

PEPITO.- A creerle, se da el gran "vidorro".

Ma TER.- ¡Pepito, por Dios! ¡Qué expresiones! ¡Qué infamección de calle! ¿Con quién te reunes? ¿Con quién alternas?

PEPITO.- Con quien puedo, mama. Estamos en un paréntesis de la vida, entre el recuerdo y la esperanza. Nuestra vida no tiene "hoy". Hay que vivir como sea, pero vivir.

Ma TER.- ¡Jesús, Jesús!

PEPITO.- ¿Qué te parezco? ¿Un cínico?

Ma TER.- Tanto, no.

PEPITO.- ¡Ah! No veas en mis palabras complacencia por esta vida provisional que llevo a cuestas... ¡o a rastras! Es una necesidad que impone el paréntesis. Cuando "esto" se acabe... ¡Qué proyectos bullen

en mi imaginación!

M. TER.- Que se acabe pronto, porque te observo con terror.

PEPITO.- ¿A mí?

M. TER.- A tí, a tí, hijo mío. No eres el mismo, Pepe. No quiero pensar que hayas disminuido tu calidad de machacho de buenos principios, de sanos ideales, de nobles ambiciones, de santos fines... Pero ¡no ejerces!

PEPITO.- ¿Es que ahora se puede profesar en voz alta nuestra fe? ¿Se puede obrar en el ambiente de uno? ¿Se puede estudiar siquiera? Tu misma me prohibiste el heroísmo, cuando salimos de la checa milagrosamente.

M. TER.- No me sentí madre espartana, lo confieso. Cuando estábamos allí amenazados de muerte, sólo tu vida me importaba. Pero del heroísmo peligroso a la abyección cómoda, ¡hay tal distancia!

PEPITO.- ¿Abyecto yo?

M. TER.- Es mi temor constante. Que hoy un poquito y mañana otro, vayas resbalando...
¡Te falta tu padre! ¿Sabes tú donde vive esta semana?

PEPITO.- Ayer dormía en casa de tío Manolo. —

M^a TER.- Voy allí.

PEPITO.- ¿Tú crees que papá se acomodará a dormir en esa alcoba oscura donde tú duermes?

M^a TER.- Para los dos resulta algo estrecha; pero que él se venga aquí y me ceda por una temporada los refugios que él utiliza. O que te lleve consigo.

PEPITO.- No quiere. Está muy raro desde que resucitó; como él dice absurdamente, desde que le impusieron en la "checa" "pena de vida"

(Vuelve a suspirar María Teresa y entra por el foro JUANA.

JUANA.- ¿Sale usted, María Teresa?

M^a TER.- Sí.

JUANA.- ¡A ver por donde anda!

M^a TER.- ¿Me dices eso tú, que nada temes?

JUANA.- ¡Bah! Yo... tengo mucha vida por delante.

PEPITO.- Por eso deberías ser más cauta.

M^a TER.- ¡Qué extraño fenómeno! A la vida se la ama aún más que por cuento nos promete, por lo que nos dió. A los jóvenes os dió aún tan poco... En fán., yo me entiendo.

¡Cómo has envejecido, Pepel

(Le dá un beso)

Hasta luego, Juanita.

(Vase por el foro)

PEPITO.- No entiendo a mis padres.

JUANA.- ¿A tus padres?

PEPITO.- Cada uno por su estilo... Anda, come, machacha..

JUANA.- ¿Comer!... ¿De eso?

PEPITO.- Fruto de un cambalache. "Aut César, ~~est~~ ^{aut.} nihil". O esto, o nada.

JUANA.- Traducción libre. Yo ya he comido, Pepe.

PEPITO.- ¿A que va a resultar que el único que aquí no come soy yo?

JUANA.- A la vista está.

PEPITO.- Tengo que ajustarte las cuentas.

JUANA.- Vamos a ver.

PEPITO.- Ante todo: estás más bonita cada día, cada hora, cada minuto!

JUANA.- ¿Y vas a imponerme una multa?

PEPITO.- Una multa es poco. Eso se pena aquí con cadena perpétua.

JUANA.- ¡Vaya por Dios! Será ahora. Antes a una belleza, como yo, se la elegía "Miss In-cluse".

PEPITO.- Pues ahora... ¡No! ¡Ahora y siempre! Es una jurisprudencia personal. A una muchacha como tú, la condeno a casarse conmigo, en cuanto haya registros parroquiales.

JUANA.- Y eso... ¡por bonita!

PEPITO.- ¡Porque sí!

JUANA.- Hay un inconveniente: que tú no me gustas.

PEPITO.- Mujer, no estoy tan mal.

JUANA.- Presumido.

PEPITO.- En serio, Juana. ¿No me quieres ni un poquirritito?

JUANA.- ¡Que sí te quiero!...

PEPITO.- ¡Viva!

JUANA.- Pero, ¿tú te casarías con tu madre?

PEPITO.- No me plantees tragedias clásicas. ¡El complejo de Fedra! ¡Qué latazo era eso! Pero, vamos, tú no eres mi madre... que yo sepa.

JUANA.- ¿No eres tú mi padre?

PEPI.- ¡Atiza!

JUANA.- La vida que ahora tengo, te la debo a tí. Un poco me molesta que apelando a una superchería, la de que era tu hermana. ¡Otro complejo que causa grave inpedi-

mentol ¿Qué grave? ¡Irresoluble!

PEPITO.- Mira, calla; que va a resultar que tú eres yo.

JUANA.- ¿No querías ajustarme las cuentas?

PEPITO.- Sí... Pero esto que hablábamos no hay que echarlo a barato, "Mias Inclusa".

JUANA.- Queda sobre la mesa. Aquí, junto al "foie-gras"

PEPITO.- Son anchoas. ¡Pruébalas!

JUANA.- No, gracias.

PEPITO.- Empiezo, pues, la acusación fiscal. ¿Qué demonios hablas tú con el hojalatero de enfrente?

JUANA.- ¡Uy!... ¡Celos!

PEPITO.- ¿Celos? Si no te gusto yo, ¿cómo puede gustarte el hojalatero?

JUANA.- Lo estoy catequizando.

PEPITO.- ¡Jaj! Lo que yo me temía. Te irás de la lengua más de lo conveniente y...

JUANA.- ¡Calla, tonto! Cada cual y con cada uno, a su modo. El hojalatero no es un hombre de ideas; es un criminal. Es decir, peor: un profesional de la inducción. Es el que azuza a todas las mujerucas de la calle contra las personas decentes de la ve-

ciudad. Le he hecho simpatizar conmigo...

PEPITO.- ¿A qué costa?

JUANA.- ¡Figúrate! (Cómicamente trágica)

¡A costa de mi honor! Yo soy así.

PEPITO.- Eso no lo creo. Te he conocido en el plan contrario. Pero ese es un bárbaro y algún pellizquito...

JUANA.- Eso sí.

CARLOS MARQUEL FERNANDEZ-SHAW

PEPITO.- (Prenético) ¡No me lo digas!

JUANA.- ¡Simple! Vicente, -porque se llama Vicente,- es un fanático por el canto flamenco.

PEPITO.- Ya se lo he conocido. ¡Lo que disfruta mandando gente al cementerio!

JUANA.- Y yo me paso las horas muertas cantándole nuevos fandanguillos y convenciéndole de que soy parienta de todos los vecinos que él tiene fichados "in mente". Y, así, los perdona.

PEPITO.- ¡Lo que menos podía imaginarme! Pero vamos a otra cosita. Aquel señor que te acompañaba anoche por la calle de la Magdalena...

JUANA.- Pepe, ¡por Dios!

PEPITO.- Era... un cura.



JUANA.- Un sacerdote. Ibamos a llevar un Viático.

PEPITO.- (Pausa) Bien... ¡Si a mí me entusiasmas!
Pero te cogen cada dos por tres y...

JUANA.- Y te regaña el jefe.

PEPITO.- Aguilar Correa no es mi jefe. Es un amigo particular.

JUANA.- Es... el pararrayos.

PEPITO.- El mío... y el tuyo. Temo que se canse, y temo, Juana, ¡te lo juro! no poderte salvar algún día.

JUANA.- ¡Qué le vamos a hacer!

PEPITO.- Es que tú... ¡admirable, sublime, lo que quieras!... pero tienes... ¿cómo diría?... el deporte de la caridad.

JUANA.- ¿El deporte? ¿Ves como no puedes gustarme?
(Dolorosa pausa. La rompe Juana retirando de la mesa las viandas.)

Comes demasiado, Pepito.

PEPITO.- Perdóname. He querido decir que te entusiasma el riesgo, que amas el peligro, como un frenético carrerista...

JUANA.- El deporte es el peligro sin objeto moral.

PEPITO.- Sí, sí, lo comprendo. Y la caridad, la más bella de tus virtudes.

JUANA.- Ahora, el único de mis deberes. Por eso... ¿me permites que también te ajuste las cuentas?

PEPITO.- Dime lo que te plazca.

JUANA.- ¿Dónde has estado hoy?

PEPITO.- Por ahí. Buscando alimentos, distrayéndome un poco. ¡Me aburro tanto!

JUANA.- ¡Cómo has cambiado, Pepe!

PEPITO.- ¿Tú también?

JUANA.- Cuando nos conocimos eras diferente. Desde el calabozo aquí, ¡me hablaste con tanto entusiasmo de tus ilusiones, de tus planes...! Sonaba en la noche el fragor de un combate lejano y aquello te enardecía.

PEPITO.- Porque tocaba con las manos la liberación.

JUANA.- Sí, era eso.

PEPITO.- ¡Y no llega nunca!

JUANA.- ¡Nunca! ¡Qué palabra tan vieja! ¡Y tan fea!

PEPITO.- Nunca te olvidaré, Juanita. ¿Es feo ese "nunca"?

JUANA.- Es más bonito: "siempre" me inspirarás una viva fé.

PEPITO.- Lo suscribo.

JUANA.- ¿De veras?

PEPITO.- Pon a prueba mi fe.

JUANA.- Cuando llegue la ocasión. Ahora me basta que aceptes mis consejos. No cultives a Aguilar Correa. Es tu ángel malo.

PEPITO.- Con ese hombre estáis equivocados. Yo lo estuve también. No comparto sus opiniones políticas, pero es una buena persona. Sabe como pienso y no me persigue.

JUANA.- ¡Qué bueno! Y ¿no será... que advierte que no piensas?

PEPITO.- No lo puede dudar. Sabe de quien soy hijo. Conoce mis antecedentes. Sospecha que te quiero y, una y otra vez, te salva de las cárceles. Y él dudará de mis pensamientos; pero de tus acciones... ¡nadie puede dudar!

JUANA.- Hablemos de tí, Pepe. De tu tibieza. Acabarás contemporizando con el enemigo, como aceptas sus obsequios y autorizas con tu presencia impasible sus desmanes.

PEPITO.- No es que yo transija. Pero lo cierto es que quien salve la vida, verá el fin.
¡Dios proveerá!

JUANA.- ¡Confías en Dios con los brazos cruzados! La voluntad del Señor hay que merecerla. ¡"Dios proveerá" parece muy cristiano! Pero lo cristiano es: "¡Dios me ayudará!"

(Suenan unos golpecitos por la derecha.

PEPITO.- ¿Qué pasa?

JUANA.- Nemesio. Vamos a libertarlo.

PEPITO.- ¿No vendrá gente?

JUANA.- Cerraré la tienda. (Sale por el foro)

PEPITO.- (Abriendo el armario)

Aguarda un poco, hombre.

(Vuelve Juanita)

Ayúdame. (Ambos corren el armario y aparece el hueco de la puerta.

JUANA.- Sal sin cuidado.

(Aparece NEMESIO tendiendo los brazos y con las pupilas cerradas.

NEMES.- Buenas tardes, suponiendo que hayan "soneo" las doce y que no llueva.

JUANA.- Yo te guiaré.

(Le coge de la mano y andan por la habitación.

NEMES.- Gracias. Hasta que me acostumbro a la

luz les "la oca"! ¡La oca! ¡Aquí ha "es-
tao" la Filo!

JUANA.- ¿Por qué lo dices?

NEMES.- Porque piso cáscaras. Aguarda, que ya
columbro. ¡Hola, "ninchi"!

PEPE.- ¡Hola, Nemesio!

NAMES.- ¡Pero si es el señorito Pepe! Creía que
era el Chuchi. "Usté" disimule.

(Abriendo los ojos)

¿Ve "usté"? La Filo.

(Agachándose a coger algunas
pipas.

Y algunas las tira sin mendar "pa" que yo
las disfrute.

JUANA.- No seas cochino.

NEMES.- ¡"Anda"! Pero si esto es "mu" limpio.
¿No vas que están en una "cáscala esterili-
záz"? ¿Quieres una?

JUANA.- Gracias.

NEMES.- ¿La quiere "usté", señorito?

PEPE.- Ni hablar.

NEMES.- Digo que si la quiere "usté" a la Juani-
ta, mi hermana de leche. Porque si la
quiere "usté", como me malicio, ya se
"pué" preparar. Con pinzas le va a te-

ner que dar los torniscones cariñosos.
Es más limpia aún que mi madre. ¿Qué ha
dicho la Nedio?

JUANA.- Buenas noticias.

NEMES.- A ver si avanzamos, porque si no avansa-
mos aprisa, me voy a pudrir en el cuarto
oscuro.

PEPITO.- Es verdad. ¡Pobre chico!

NEMES.- Voy a echar un trago.

(Coge el botijo y bebe chupan-
do.)

JUANA.- Pero ¡se cochino!...

NEMES.- ¿Qué pasa?

JUANA.- Que bebas a chorro.

NEMES.- A chorro no sabe a Filo.

(Vuelve a beber)

¡Qué rica está! Si esto se le ocurre a
Julieta y Romeo, nos ahorrarnos un drama.

(Se limpia la boca con el dor-
so de la mano.)

(En el foro suenan llamadas
a la puerta.)

PEPITO.- ¡llamaron!

JUANA.- ¡Anda, Nemesio!

NEMES.- ¡Al "bújero" el retón! ¡Dito sea el que-
so! (Coge de la mesa algún resto

(de comida.

Quando sea de noche...

JUANA.- ¡Descuida! ¡Anda!

NANÉS.- Y a la Filo...

PEPITO.- ¡Vamos!

NANÉS.- Soy un pasional, señorito.

(Entra en el cuarto oscuro y
(los otros corren el armario.

JUANA.- ¡Verás si es alguien que no convenga!

PEPITO.- Sal tu a abrir.

(Matis de Juana por el foro,
(volviendo a poco en compa-
(nía de JOSÉ MANUEL, enveje-
(cido, blanco el cabello, pá-
(lido el rostro.- Conserva,
(como en el acto primero, su
(aspecto burgués y finge con
(Pepito optimismo, fortale-
(za y buen humor, completamen-
(te falso.

JUANA.- Es tu padre, Pepe.

PEPITO.- ¡Otro héroe! (Acude a abrazarla)

J. MANU.- ¿Héroe yo?

PEPITO.- Desafías a los elementos con ese cue-
llo almidonado, ese flexible impeca-
ble y esos botines. Por llevar botines
y para apropiárselos, han facilitado a
mía de uno.

J. MANU.- Pues a mí no me sirven de nada. Me toman por un capitoste de la situación y me abren paso los guardias. Me disfrazo, como ellos, con mi propia estampa. No soy un héros, como tú, Juanita.

JUANA.- ¿Como yo?

J. MANU.- Todo se sabe.

PEPITO.- ¿Qué es?

J. MANU.- Lo de la cárcel. ¡Magnifico! Me lo ha contado el propio favorecido.

JUANA.- ¡Por Dios!

PEPITO.- ¡Alguna nueva imprudencia!

J. MANU.- (Mirándole con severidad)

¿Qué sabes tú...?

PEPITO.- Lo supongo. Juanita es una iluminada. Pero, ¡cuidado! De la pasta de los héroes, se funden los mártires.

J. MANU.- ¡Y a los mártires, se los canoniza!

JUANI.- ¡Bah, bah!... Les dejo a ustedes. No he visto a mi madre. Con permiso.

(Mutis por la izquierda)

PEPITO.- ¿Has comido?

J. MANU.- Sí, opiparamente.

PEPITO.- ¿Dónde?

J. MANU.- ¡En el Ritz!

PEPITO.- ¿Te creo?

J.MANU.- ¡Los botines, amigo Pepito!

PEPITO.- En el Ritz hay un hospital.

J.MANU.- Naturalmente. Y un "responsable" amigo mío. Cordero con patatas, salmonetes al "gratin", tarta de almendras, vino de Alicante...

(Vacilándole la cabeza y requiriendo una silla.)

¡Ah!... Y café moka, coñac Martel y un "Romeo y Julieta".

PEPITO.- ¡"Chavó"!

J.MANU.- (Vuelve a mirarle severamente)

¡"La caraba!"

PEPITO.- ¿Sigues durmiendo en casa de tío Manolo?

J.MANU.- No. Me he mudado anoche.

PEPITO.- En eso haces bien. Despistas, moverse, huir...

J.MANU.- ¡Claro! Pero a mí no me sale bien esa táctica.

PEPITO.- ¿Te crees en peligro?

J.MANU.- ¡Ojalá!

PEPITO.- ¿Qué dices, padre?

J.MANU.- A mí no me detienen, amigo Pepe, aunque dé gritos subversivos. Ya lo probé en un cuartelillo de Asalto. Y me dijo el cabo

de guardia: -"¡Cállese usted, no le oiga algún vecino y, por casualidad, resulte de izquierdas"- ¡Me han condenado a vivir! ¡Se han empenado!

(Extremando el humor)

PEPITO.- No tomes a chacota los designios providenciales. Hablemos en serio, papá.

J.MANU.- Hablo en serio, Pepito.

(En una escapada a la sinceridad.)

PEPITO.- Bueno, bueno... Se te ha subido a la cabeza el Martel. Mamá salió a buscarte. Una vez más viniste cuando ella salió. Parece que jugáis al escondite.

J.MANU.- En algo hemos de entretenernos. Estamos en la edad. ¡Je, je, je!

PEPITO.- Mamá desea, y yo también, que te vengas a vivir con nosotros.

J.MANU.- (Peniéndose de pie) ¡No!

PEPITO.- ¿Por qué no?

J.MANU.- (Recobrándose y fingiendo nuevamente.)

Sois unos egoístas. Queréis encerrarme en un cuartucho, acostarme en un catre de tijera, privarme del baño y, sobre todo, condenarme a régimen de pipas

de girasol. (Mirando al suelo)
y agua del botijo.

(Señalando el cantareto)

PEPITO.- Eso último, no. Aquí se come regular, dentro de la escasez; se bebe alguna cosilla, aunque no Martel, y, ante todo, se disfruta una seguridad que, a salto de mata, no existe.

J. MANU.- ¡No me digas eso!

PEPITO.- Sí, ya he oído que estás condenado a pena de vida. ¡Ja, ja! Cuando vives del capricho de la casualidad. Lo nuestro es distinto. Nos proteges... ¡tú!

J. MANU.- ¿Yo?

PEPITO.- La gratitud de un hombre por el bien que le hiciste.

(José Manuel va a articular una protesta. Intenta convertirla en sarcasmo. Se ahoga. Da un traspiés y cae en una silla, de bruces sobre la mesa.)

PEPITO.- ¡Papá! ¡Padre! ¡Padre!! ¡Juana! ¡Daria!
¡Padre! ¡Padre!

(Entra DARIA por el foro.)

DARIA.- ¿Qué ocurre? ¡Señor!

J. MANU.- Nada... No es nada... Un vértigo de

estómago, una indigestión.

JUANA.- (Saliendo por la izquierda)

¿Me llamaste?

PEPITO.- Sí... Le ha dado un vahído.

J. MANU.- Nada... No es nada...

JUANA.- (Pulsándole) Este señor está desfallecido.

J. MANU.- ¡Oh!... No... ¡Comí demasiado!

JUANA.- ¡Cala! Usted no come hace días, don José Manuel.

PEPITO.- (Abriendo el armario)

¿Lo ves? ¿Por qué me engañas, padre?

(Empieza a sacar latas de conservas.)

Acuí hay de todo.

J. MANU.- (Levantándose por un esfuerzo de voluntad.)

¡No! ¡Nunca!

PEPITO.- ¿Por qué?

JUANA.- Siéntese aquí. (Le obliga)

J. MANU.- Todo eso es... demasiado fuerte para mí. Grasas... especias...

PEPITO.- Aquí hay leche condensada.

DARIA.- Eso le irá muy bien.

J. MANU.- ¡De ningún modo! ¿No le digo que sufro un vértigo de empacho?

PEPITO.- Voy por un médico.

(Sale disparado por el foro)

DARIA.- Un cocimiento de anís, va bien para todo.

J. MANU.- Eso, sí. (Mutis de Daría por la izquierda.)

JUANA.- Caballero... A mí no me engaña.

J. MANU.- ¡Juanita!

JUANA.- ¿Verdad que no ha comido?

J. MANU.- Verdad... Pero guárdame el secreto con Pepe. De eso... ¡nunca!

JUANA.- ¿Por qué?

J. MANU.- Porque el precio de adquisición de ese... manguado bienestar... ¡No me lo hagas decir!

JUANA.- ¿Le parece indigno?

J. MANU.- Por lo menos, indecoroso... *Pepe ya!* ~~No~~ no es hijo mío.

JUANA.- ¡Bah! No hay que exagerar las cosas, Don José.

J. MANU.- No es hijo mío, Juana. Ahora es hijo... de Aguilar Correal

JUANA.- No tanto. Como Pepe, hay muchos jóvenes y muchos viejos! Pero él tiene una buena formación moral aunque le falte... entusiasmo.

J. MANU.- ¡Sangre!

JUANA.- Es hijo, metafóricamente, del ambiente frívolo de España en esta última época. Pero ella es nuestra madre y hemos de recobrarla de los brazos impuros que la encenagaron.

J. MANU.- Me place la metáfora, Juanita. Sí, sí... Pepe es hijo de un extravío de su madre.

JUANA.- De una invasión morbosa que la cegó.

J. MANU.- Yo también debo acusarlas de no haberla querido fielmente.

JUANA.- Como tantos. No se aflija usted.

J. MANU.- La dejamos abandonada a sí misma y nos dió estos hijos.

JUANA.- Pepe no es mal muchacho. Ama a la madre nuestra, pero no llegó a sentirla deshonrada. Si se diera cuenta, como nosotros, bien reaccionaría contra el ambiente del siglo!

J. MANU.- ¿Contra su padre?

JUANA.- Llamémosle así.

J. MANU.- Me habría muerto, cuando estuve al borde de perecer, con esa firme convicción. Pero... ¡ni eso supe infundirle!

JUANA.- No es poco, sin embargo, que las malas

compañías de estos últimos meses, no le hayan vualto del todo. Pepito no piensa como sus amigos de hoy. Creo, don José Manuel, que si usted no le hubiese abandonado (Subrayando) a sí mismo.

J.MANU.- Puede ser verdad. Pero...

(Atormentado por la repugnancia de convivir.

Querría verme otra vez amenazado de muerte. ¡Sólo ante la muerte nos sentimos grandes de espíritu! Por eso la busco.

JUANA.- Ahora no le comprendo.

J.MAN.- Ni ahora ni antes. No ~~debe~~^{puede} ser más claro, Juanita. Yo sé que Pepito te quiere. Quiérela tú también. Aunque tarde, adviértala que no es hijo mío, como tal lo soñé veinte años y, de un sueño, no se desprende un hombre como de una muela. ¡No se ponen sueños postizos!

(Entra por el fondo la FILO,
agitada.

FILO.- ¡Se... señorita! ¡Se... señorita! ¿Se ha "marchao" el señorito?

JUANA.- Vuelve en seguida.

J.MAN.- ¿Qué pasa, chica? Vienes sobresaltada.

FILO.- Estoy de un nervioso...

(Toma pipas del bolsillo de la bata y se desahoga con ellas.

¿Quieren "ustés" pipas? "Pa" los nervios, no hay cosa mejor.

JUANA.- Pero ¿por qué estás nerviosa?

FILO.- Porque llegó un coche oficial y me dije: ¡"A por" el Nemesis! - Que está ahí detrás del armario ¿sabe "usté"? A "ustés" se lo digo, porque "ustés" son de los suyos.

J. MANU.- Pero tú preguntabas por el señorito.

FILO.- Y él también. ¡El coche! Vamos al decir; que el coche no ha hecho más que: "¡Guam! ¡Guam!" (Simulando el sonido del claxon.

JUANA.- Y ¿qué le has dicho al del coche?

FILO.- Allí está con mi madre hablando, que yo no sé lo que resultará, porque mi madre se ha "agenciao" un poco de Rute, procedente de Arganda, y ahora "mesmamente" no doy por ella ni una cáscara.

J. MANU.- ¿Será algo grave?

FILO.- No, eso no. Al parecer es un amigo del señorito Pepe. Y así debe de ser, porque

el coche dice: "Abastos".

JUANA.- Venga usted conmigo.

J.MANU.- Pero...

JUANA.- No, no tema por él. Subiremos por el portal a casa de la peinadora.

(Sale con José Manuel por la izquierda. La Filo, aprovechando la ocasión, se acerca al arcaario.)

FILO.- ¡Mira que es "pata"! Ahora que podría ser, no "pué" ser. ¡"Zospe"!- ¡Ya está aquí el amo de las pipas.

(Entran, por el foro, Pepito (y Martín Aguilar. Este es un hombre de cuarentá y cinco años. Bien parecido y bien portado. Viste correctamente traje de americana y sombrero flexible.)

¡Vaya! Se han "encontrao".

PEPITO.- Perdone, Aguilar.

(Va hacia la izquierda)

No estaba el médico y...

FILO.- Se ha "marchao" a la calle.

PEPITO.- ¿Ya bueno?

FILO.- "Buenismo". ¡Más parcialote y más guapo es ese señor...!

MARTIN.- ¿Gato encerrado?

PEPITO.- Era mi padre.

MARTIN.- ¡Ah!

FILO.- ¿Quiere "usté" algo más?

PEPITO.- Que te marches.

FILO.- Sí, señor. ¡A las tres!

(Mutis por el foro)

MARTIN.- (Por las conservas que hay sobre la mesa.

Esto ~~deberías~~ tenerlo guardado.

PEPITO.- (Recogiéndolo)

Guardado lo tengo.

MARTIN.- La muchacha lo comentará.

PEPITO.- Algo le llega.

(Guarda las conservas en el armario.)

Siéntate, hombre.

(Martín se sienta)

Y ¿a qué se debe esta visita?

MARTIN.- A cosas graves, Pepito. Hace una semana que no te veo.

PEPITO.- Sí. Ya sabes que a tu despacho no me gusta ir y estás ahora tan embebido por el cargo!

MARTIN.- No van bien nuestros asuntos. No debía decirte lo, porque te alegras; pero nada nuevo te digo. Aquí ciréis la Radio de

Burgos.

PEPITO.- No tenemos Radio en casa.

MARTIN.- Ni falta que os hace. Es un compromiso y con preguntarle a cualquier amigo... Yo sí la oigo. ¡Si las cosas se hicieran dos veces...!

PEPITO.- Y ¿qué tengo yo que ver con esas preocupaciones tuyas?

MARTIN.- Con estas, no. Con la situación del momento, mucho. Bien mirado, quizás no eres tú; pero te obliga el amor...

PEPITO.- ¡Ah! ¡Juanita!

MARTIN.- Voy dudando, Pepe, si esa machacha es tu protegida, por amor, o si, por amor, es ella tu instrumento.

PEPITO.- Yo no he hecho nada.

MARTIN.- ¿Tiemblas?

PEPITO.- Afirmando nada más. Juanita sólo es una machacha de buen corazón que realiza obras de caridad; si quieres, llámalas de altruismo, de bondad. Tú no eres ningún energúmeno y...

MARTIN.- Pero, casualmente, practica su caridad sólo en favor de nuestros enemigos. No

la he visto en ningún hospital.

PEPITO.- No será admitida. Si tú la avalases...

MARTIN.- ¿Yo? Después de su última hazaña...

¿No la sabes? ¿De veras?

PEPITO.- De verdad.

MARTIN.- Lo de la cárcel.

PEPITO.- ¡Ah! ¡Lo de la cárcel!

MARTIN.- No lo sabes, ¿verdad? ¡No lo sabes!

PEPITO.- ¡Palabra de honor!

MARTIN.- Tampoco quiero regalarte el oído. Por mucho que lo palie, revela tal audacia, tal osadía... que en vuestra alma resonará a heroísmo.

PEPITO.- Ella es... (entusiasta)

MARTIN.- Dilo.

PEPITO.- La quiero, Aguilar. La quiero y, a la fuerza, tengo que admirarla, como tú la admiras en el fondo.

MARTIN.- De ese temple querriamos a nuestras mujeres.

PEPITO.- ¿Lo ves?

MARTIN.- Tú podrías cambiarla, puesto que os amáis.

PEPITO.- Ella a mí, no. Y, si la cambiase, no la querría luego.

MARTIN.- En suma, que ella es tu cómplice.

PEPITO.- No, eso no. Pero la quiero, ¿sabes? La quiero...

MARTIN.- Pues entonces... tendrás que renunciar a ella.

PEPITO.- O de lo contrario...

MARTIN.- Renunciarás en todo caso, porque mi protección se acabó para siempre.

PEPITO.- ¿Tu protección a mí?

MARTIN.- A ella. Nos va a comprometer a todos. A ti, a mí, a todos!

PEPITO.- ¡Qué le vamos a hacer!

MARTIN.- Tú confórmate. Me tienes a mí, ahora, y el día de vuestra posible victoria, a tu madre y a su marido.

PEPITO.- ¡A mi padre!

MARTIN.- La vida me la debes a mí.

PEPITO.- (Ya dudoso)

¡Esta!

MARTIN.- Me debes ésta, porque me debías la otra.

PEPITO.- ¿Qué dices? (Loco)

MARTIN.- Que, si te quiero imponer una conducta, me asiste un derecho de... ¡de padre!

PEPITO.- ¡Mientes, bellaco! ¡Mientes!

(Yendo sobre él)

MARTIN.- ¡Pepe! (Tratando de imponerse)

PEPITO.- ¡Mientes, traidor! (Le abofetea)

MARTIN.- ¿Sabes lo que has hecho?

PEPITO.- Responder a tu argucia infame. ¿No te sientes con ánimo para ~~castigarme?~~ *castigarme?*

¡Mientes, bribón, y porque mientes me atrevo a pisotear esa falsa ley de sangre que has querido esgrimir para reducirme, para captarme, para...!

(Sale JUANA, atraída por las voces desconocidas de Pepi-
to.)

JUANA.- ¡Pepe! ¿Qué es esto?

PEPITO.- ¡Este hombre ha agraviado a mi madre!

MARTIN.- (Pausa) Sí, tal vez... a pesar de todo...

PEPITO.- ¿A pesar de todo?

MARTIN.- Aunque te dije la verdad.

JUANA.- (Conteniendo a Pepe, que mudo de rabia intenta accoacterle de nuevo.)

¡Pepe!

MARTIN.- La verdad de un hecho.

PEPITO.- ¡Insistes!...

MARTIN.- Sí. Aunque vuelvas a abofetearme.

JUANA.- ¿Tú? (Aterrorizada)

MARTIN.- ¡Mi hijo!

PEPITO.- ¡Oh...! (Serdamente)

MARTIN.- Porque es verdad, no te he matado.

(Pepe cae en una silla senta-
do y de bruceas sobre la mesa.

Reflexiona, Pepito. Y usted, joven, tam-
bién.

JUANA.- ¿Yo, caballero...?

MARTIN.- ¡Usted!... Usted... ¡Hasta mañana!

(Sale por el foro)

PEPITO.- ¡Es mentira, infame! ¡Es mentira, Juana!
¡Juana!... ¡Dime tú que es mentira! Que
yo lo escuche de otros labios, ¡que lo
griten las gentes! ¡que lo cremen las
piedras!... (Llora)

JUANA.- Pepe... (Tiernamente)

PEPITO.- Consuélame, Juana. Tú ¿qué sabes? ¡Cla-
ro! Nos conoces de ayer... Pero dime tú
que es mentira, porque en ninguna voz me
será más dulce el consuelo de ese mentís.

JUANA.- Pepe... No me pidas consuelós; pídemelo
verdad.

PEPITO.- Pero tú, ¿qué sabes, Juanita? Sabes, ¡claro
ro que sabes! ¿No has de saberlo? ¡Te lo
digo yo! No creas en mi cariño, pero
cree en mi madre ¡y defiéndela!

JUANA.- Creo en tu madre, a pesar de todo. A
las madres debemos quererlas, aunque no

nos gusten.

PEPITO.- ¿A pesar de todo?

JUANA.- Pepe; ¡no eres un niño! A los hombres no hay que negarles la verdad, aunque sea dolor. Sólo con dolor se nace y sólo el dolor radime. La verdad te la dijo ese hombre.

PEPITO.- ¡Juana! (Anonadado)

JUANA.- Y a mí... ¡tu padre! Don José Manuel, tu padre verdadero, aunque hayas nacido de otra sangre. Ahora, Pepe, no queremos cédulas de vecindad ni partidas de nacimiento. Ahora, queremos espíritus: vocación, temple y voluntad. Mirate hacia adentro y elige el padre que te convenga. Pero, ante todo, escoge el que sea más digno de tu madre.

PEPITO.- ¿Qué sabes tú de ella? ¡Dizelo!

JUANA.- Apenas sé nada. Pero... ¡quírela!

PEPITO.- ¿Mi madre cayó?

JUANA.- Cayó sin duda.

PEPITO.- ¡Oh!...

JUANA.- Pero si tú no la levantas, ¿quién la alzaré hasta el trono donde querrias verla? ¡Arriba, madre, arriba! ¡Eso es

tu grito!...

PEPITO.- Sí...

JUANA.- ¡Cuidado! Tu padre quizás...

(Pepito intenta rehacerse y,
(cuando aparece por la izquierda-
(da José Manuel, se arroja en
(sus brazos.

PEPITO.- ¡Padre!

J.MANU.- ¿Qué ha pasado?

PEPITO.- ¡Nada! ¿Verdad, Juanita?

J.MANU.- ¡Padre! - me has dicho, con un acento
tal de efusión, de verdad... que no pa-
rece sino...

PEPITO.- ¡Padre! ¡Padre! (Mirándolo)

Temí por tu vida, cuando te desvaneciste.
¡de hambre!

J.MANU.- ¡Qué ofuscación!

PEPITO.- ¡Padre! (Infantilizando la expresión.

"¡Pa-pá!"

J.MANU.- (Astreichando a Pepito)

¡Hijo mío! ¡Hijo mío! (Pausa)

¡Habla! ¡Dime!

JUANA.- No hay palabras dignas de mezclarse entre
esas dos palabras. ¡Padre! ¡Hijo! Como no
esa ~~una~~ ^{una} ¡Amor!... (Soberasaltada)

Gente llega... (Por la izquierda ^{DARIA}
(con un Inspector.)

DARIA.- Créame "usté". ¿Qué más quisiera yo que tenerle en casa? ¿Verdad, Juanita? ¿Verdad, don José? ¿Dónde está el Nemesio? ¿No se lo llevaron hace dos meses que no hemos vuelto a saber de su rastro?

INSPEC.- Menos conversación.

(Yendo hacia el fondo)

¿Estás ahí, Molina?

UN AGENTE.-

(Entrando por el foro)

Aquí estoy.

INSPEC.- ¿Tú no conoces al Nemesio Guijarro?

AGENTE.- No, yo no. Pero que aquí vive es sabido.

DARIA.- Vivía, señor. Vamos, quiero decir... como a "usté" ~~le~~ le corresponda. Vivía, ya lo creo que sí... Desde que nació; pero, ya le digo; más de dos meses que...

(Por el foro aparece MARIA

(TERESA que, aterrorizada, ob-

(serva todo.

INSPEC.- ¿Y este joven?

DARIA.- ¿Pues no lo ve "usté"?...

PEPITO.- (A Daría) No se esfuerce, madre. Es indtil fingir. (Al Inspector)

Nemesio Guijarro, soy yo.

JUANA.- ¿Qué haces?

MARIA TERESA.- ¡Pepe!

J. MANU.- ¿Qué quieres, mujer?

(María Teresa, enloquecida,
(avanza hacia Pepito, el cual
(se acerca a María, y la abra-
(za.)

PEPITO.- ¡Adios, madre!

(María Teresa aumenta su estu-
(por; quiere gritar y su voz
(se enronquece; pretende an-
(dar y sus pies flaquean. Acu-
(de Juana a sostenerla.

INSPEC.- ¿Documentación?

PEPITO.- No la tengo.

AGENTE.- Ni falta que le hace para ésto.

INSPEC.- Vamos, amigo.

(Pepito mira intensamente a
(María Teresa y a José Manuel.

PEPITO.- ¡Señora!... ¡Caballero!... ¡Adiós!

(Sale por el foro delante de
(los policías.

INSPEC.- "Pa" mí que no es éste.

AGENTE.- ¡Qué más nos dá!

(Mitis de ambos)

(Juana contiene a María Te-
(resa. María da un suspiro
(de alivio. Don José Manuel,
(emocionado, va hacia el fon-
(do lentamente.

JUANA.- Señora... ¡confianza!

M^{re} TER.-(Rompiendo a hablar penosa-
(mente.)¿Por qué e sta mentira? ¿Qué ha pasado
aquí? ¡José Manuel: habla!

JUANA.- Aquí, -por aquí,- pasó antes ¡la verdad!

T E L O N

CARMEN MORENO
Copista Teatral
MURCIA, 26, 1.º B
TEL. 77488
MADRID

FEDERICO ROMERO Y GUILLERMO FERNANDEZ-SHAW.

" P E N A D E V I D A "

ACTO TERCERO.

o
o o
o

"PENA DE VIDA"

ACTO TERCERO.



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

ACTO TERCERO

Salón vestíbulo en la planta baja de un hotel suntuoso, domicilio de María Teresa y José Manuel. En el foro derecha, la puerta que dá entrada al edificio desde una terraza que recae sobre el jardín. A la izquierda, en primer término, comienzo de la escalera que asciende a la planta principal; en segundo término, puerta para el servicio. Uno o dos ventanales. La acción es por la mañana, a principios de abril de 1939.

(LA DACIA, MATEO y la CATALINA,
(madre, padre e hija, extremos,
avacuados durante la guerra,
se despiden de GASPAR, el
(viejo criado de la casa, que
con ellos ha convivido.

- DACIA.- A la cuenta, los amos no vuelven.
MATEO.- Y, a las doce, sale la camioneta.
CATALI.- A las doce y pico.
GASPAR.- No vayáis a perderla.
MATEO.- Pero quisiéramos despedirnos.
DACIA.- Y darles las gracias.
GASPAR.- No es a ellos a quienes tenéis que agradecerles la hospitalidad. Aquí os

metieron a la fuerza.

MATEO.- Y tan a la fuerza, bien lo sabe usted.
A culatazos nos trujeron de Mérida.

CATALI.- A mí, a rastras, que mejor habríamos
estado en nuestra casa, donde sabe Dios
qué nos encontraremos.

GASTAR.- Lo que mis señores encuentran aquí.

DACIA.- No nos llevamos nada.

GASPAR.- Más bien dejais. Pero ya está avisado
el Parque de Desinfección.

MATEO.- Eso no es culpa nuestra, señor Gaspar.
Jabón hubo poco. Y donde no hay jabón,
ya lo dice el dicho, crece la pobla-
ción.

DACIA.- Lo que importa es que los usos, si
echan algo de menos, sepan quién se
lo llevó.

GASPAR.- De vosotros no hay nada que decir, sal-
vo que cocinábais en el tocador de la
señora e hicisteis cortal gallinero
de la alcoba del señorito, que en paz
descanse.

MATEO.- A la cuenta, no hay rastro de él. Yo
pensaba que, al venir los nuestros, pa-
recería en alguna checka.

DASIA.- O en algún campo de trabajadores con-
finaos.

GASPAR.- Iso esperaban también los señores, pe-
ro nada se supo del niño desde que lo
detuvieron... por una equivocación.

JATALI.- ¿No fué ~~que~~ que él mismo se hizo pren-
der? Iso ha contao el amo.

GASPAR.- Así fué, muchacha. ¡Así fué! ¡Pobre
hijo!

MATEO.- A usted le duele como cosa propia.

GASPAR.- La ví nacer, como quien dice.

JATALI.- ¡Peste de guerra!

GASPAR.- La peste era lo otro. ¡Lo otro, mu-
chacha!

JATALI.- Tié usted razón.

DASIA.- ¡Y tanta! La paz sea con nosotros por
muchos años. ¿Es hora, Mateo?

MATEO.- Sí, va siendo hora.

GASPAR.- Aquí llega el señor.

(Abre la puerta del fondo y en-
tra JOSÉ MANUEL.

J. MANUEL.- ¿Ya de marcha los huéspedes?

DASIA.- A Dios gracias, señor. Somos humildes
y aquí no hemos entaó a gusto.

D. MANU.- Pues, por el precio, no se pudo dar
más.

- MATEO.- Entienda el señor. Quiere explicar la Dacia que a nosotros se nos trajo a la fuerza.
- DACIA.- Y que casa como la de una ¿dónde la hay mejor? Sobre que, la verdá, estos muebles tan blandos de asiento, esos cuadros tan oscuros que cuelgan de las paredes, esos cacharros de plata fea...
- CATALI.- De aluminio, madre.
- DACIA.- No hay como el barro pa'l buen condimento y la sartén de hierro pa los fritos y el caldero ahumao pa los guisos calcosos. Cada uno, según su costumbre.
- MATEO.- Sentimos no despedirnos del ama.
- GASPAR.- Se les va haciendo tarde.
- J. MANU.- Andad, pues, amigos y... tomad.
(Haciendo una cartera)
De dinero nacional andaráis muy escasos.
- DACIA.- No, señor. De ninguna manera.
- J. MANU.- Tómalo tú, muchacha.
- CATALI.- ¿Encima ésto?
- J. MANU.- No es una propina ni una limosna. Es un deber de solidaridad.

MATEO.- Tómalo, Catalina. Y muchas gracias, Don José Manuel. Si en nuestra casa queda algún cochino, las primeras morcillas serán pa' ustés.

J. MANU.- Por su precio.

DAJIA.- Como usted quiera.

J. MANU.- Pues... adiós.

MATEO.- Adiós, caballero.

DAJIA.- Salude usted a la señora.

J. MANU.- De vuestra parte.

CATALI.- Y, si al fin apareciera su hijo, escribanoslo.

MATEO.- Crea usted que nos alegraremos, de todo corazón.

J. MANU.- Gracias, gracias.

(Salen los tres evacuados y Gaspar va acompañándolos. José Manuel, entre tanto, se quita los guantes y enciende un cigarrillo. Al volver Gaspar, José Manuel que ha ojeado por el vestíbulo, le dice al criado:

¡Cuándo veremos la casa en orden!

GASPAR.- El señor puede estar seguro de que esas pobres gentes no se llevaron nada. Los que se fueron ayer, tampoco.

Los otros, sí. Los incautadores cargaron con lo que pudieron. Nada de valor artístico, porque no entendían. Les llamaba la atención cada chuchería insignificante...! In cambio, el turbarán del despacho, el Tintoretto del salón de arriba, las estatuas de Inurria y de Querol... ¡nada! ¡Ni los miraron! Ellos, se beberse los vinos de la cueva, y fumarse los tabacos del señor!. Ellas arramblaron con los vestidos de la señora, con las salidas de teatro y con los abrigos de pieles. Se los ponían sobre las carnes y los bajos sucios. Y parecían máscaras del "entierro de la sardina". ¿Le molesta el señor mi charla?

J. MANU.- No, Gaspar. No me molesta, porque no la escucho.

GASPAR.- El señor, cada día más apenado. Madrid se liberó hace seis días, pero la pena de los señores no encuentra liberación ni consuelo. Tampoco la mía. Perdón el señor que me permita participar en su dolor, como si fuera propio.

J. MANU.- ¿Salió la señora?

GASPAR.- Muy temprano y no ha vuelto.

J. MANU.- ¿Estamos, pues, solos?

GASPAR.- La cocinera, por ahí dentro.

J. MANU.- Vamos a ver, Gaspar. ¿Estás seguro de haberme sido leal en los veinticuatro años que me sirves?

GASPAR.- ¿Qué piensa de mí el señor?

J. MANU.- No contestes con interrogantes.

GASPAR.- En estos tres años...

J. MANU.- De estos años, no dudo. De debemos la conservación de la casa y muchas cosas más que te agradezco desde el fondo de mi alma. Tu buena solera castellana vieja, dió en la alquitera buen espíritu. Hablemos de antano. Revisa tu conducta antigua.

GASPAR.- Señor: mi conducta, ¿no ha sido siempre digna?

J. MANU.- En apariencia, sí.

GASPAR.- ¿Sólo en apariencia? ¡Jesús! ¡Jesús! ¿Es posible esto?

(Llora)

J. MANU.- No me lloras, Gaspar. Medita. Haz examen de conciencia.

- GASPAR.- ¿No he sido siempre fiel a la casa?
- J. MANU.- A la casa, seguro. Pero a mí...
- GASPAR.- (Confuso) ¿Al señor...?
- J. MANU.- Tú sabías, Gaspar, que la señora...
- GASPAR.- ¡Basta, basta, señor! Yo nada supe, yo...
- J. MANU.- Habla claro. La señora me confesó francamente su infidelidad y... la he perdonado.
- GASPAR.- Es lo que debía hacer el señor. Me tomo la libertad de decírselo, porque son muchos los años de convivir con los señores, mi única y verdadera familia. "No con quien naces, sino con quien paces". Cada cual en su puesto, al señor lo considero mi hermano, aunque mi padre fuera un triste abanista y el del señor un senador del Reino.
- J. MANU.- La confianza que te otorgo prueba que también yo te considero como de la familia. Pero... tú supiste aquello y... ¡lo tapaste, Gaspar!
- GASPAR.- ¡No mil veces, señor! Juro al señor por la memoria de mis padres, por la de Pepito, que era mi adoración, que

si el señor me hizo cómplice de sus devaneos, la señora no me confirió esa triste confianza.

J. MANU.- ¿De reproche tácito que acabas de hacerme...

GASPAR.- Perdona el señor.

J. MANU.- Me lo hice a mí mismo también. Cuéntame lo que seces. Sé más que tú, pero necesito conocer tu versión, porque eres el único testigo de mi afrenta.

GASPAR.- Yo no diría afrenta, señor.

J. MANU.- ¿Cómo se llama en tus lienzos de sacos?

GASPAR.- A fuer de hermano, que como siervo nunca me atrevería, mejor que afrenta yo la llamaría... castigo, exaltación.

(Juan Manuel asiente de un modo maquinal y el gesto suyo envalentona al criado.)

La señora vino a la casa como duena, pero no se sentía espósa. Perdóneme el señor, una vez más.

J. MANU.- ¿Quién dice la verdad...

GASPAR.- Ni peca ni admite. El seductor no

trianfó a las primeras. Ya he dicho antes que no intermedíé en la ocasión, pero uno veía ciertos detalles... La señora pretendió más de una vez que el señor cambiara de pasante.

J. MANU.- Eso no es verdad. Nunca me dijo que lo despidiera.

GASPAR.- Recuerde el señor que, en la mesa, cada día le recomendaba un nuevo pasante. Y el señor, siempre...

J. MANU.- Sí, es verdad. Traía que eran maridos nepotistas y caciques de mi mujer.

GASPAR.- Fué un asedio constante a una plaza fuerte desguarnecida.

J. MANU.- (Confuso) ¡Oh!...

GASPAR.- Para mí, señor, casi podría asegurarlo, la señora sucumbió por un arrebato de despecho.

J. MANU.- De despecho, ¿verdad?

GASPAR.- Cuando una Nochebuena el señor se fué a cenar...

J. MANU.- ¡Con la obra!

GASPAR.- Tal creo, señor. Aquella noche le oí decir a la señora, fué su única confidencia, que era una pobre mujer aban-

donada.

J. MANU.- ¿Y después?

GASPAR.- Más de dos años, los ojos de la señora lloraron, a hurtadillas, mares de lágrimas. Cuando nació Pepito, ¡qué congojas las suyas acunándolo! Era un dolor ciria. Hasta que poco a poco...

J. MANU.- Gracias, no sigas.

GASPAR.- Deplojaría que el señor...

J. MANU.- ¡Jalla!

GASPAR.- El señor sabrá, sin embargo, que aquel hombre ha muerto.

J. MANU.- Se ha matado cobardemente a la hora de rendir cuentas.

GASPAR.- ¡Dios le perdón!

J. MANU.- (Después de una mirada iracunda)
¡Perdónese Dios!

GASPAR.- Manda el señor...

J. MANU.- Nada, Gaspar.

GASPAR.- Parece que alguien llama.

(Acercándose a la puerta)
de la señora.

(Sale por el fondo)

J. MANU.- ¡Perdonar! ¡Perdonar! ¡Sólo Dios perdona sin recordamiento!

(entran por el fondo MARIA TA-
CESA y GASPAN.

¡Qué!

M.TAR.- Nada, José Manuel. ¡Nada, desgracia-
damente!

J.MANU.- Ya te lo dije. ¿Le habrían faltado
medios de comunicarse con nosotros?

M.TAR.- No me resigno a perderle, no habiéndolo
visto expirar en mis brazos. ¡Y tantas
cosas se han dicho...!

J.MANU.- ¡Claro! Las mazmorras incommuni-
cadas, las deportaciones, los envíos al fran-
te de guerra... Todo eso fué verdad.
Pero también es cierto que legiones
de ángeles humanos se infiltraron en-
tre sezones y verdugos para convertir-
se, cuando no en libertadores milagro-
sos, en mensajeros, consoladores. De
tu hijo, no se supo nada en más de
ocho meses.

M.TAR.- Tampoco se sabe que haya muerto. Siem-
pre he confiado en este día de libe-
ración. No me resigné... como tú. Ni
un solo instante dissocié los clarines
victoriosos del trompetazo angélico.

anunciando la resurrección de la carne. Y mi carne, José Manuel, no es este cuerpo mío, sino el suyo: el de Tepito.

(Gaspar solloza en un segundo plano.)

J. MANU.- ¡Gaspar!

GASPAR.- Disculpeme el señor.

J. MANU.- Es por la señora.

GASPAR.- Lo comprendo, señor. Perdónenme.

(Se va por el segundo término (de la izquierda.)

MRS. TERESA.- El pobre Gaspar tampoco se resigna. Tú, sí.

J. MANU.- ¿Qué dices, mujer?

Mrs TER.- Sé que no me ampara ningún derecho cerca de tí. Si la gracia es signo triunfante, el pecado, aunque se perdona, es eterno estigma de vencido, de esclavo.

J. MANU.- Cuando perdona Dios, infunde gracia.

Mrs TER.- Pero tú no eres Dios. Los hombres no olvidáis.

J. MANU.- Algo me irías decirme y te has acordado.

Mrs TER.- Escúchame con indulgencia. Sólo la

muerte de Pepito nos unió en el culto de su memoria.

J. MANU.- ¿Y vas a reprochármelo?

M. TERESA.- Si él viviera no te habrías unido a mí. Te mirabas, desde mi confesión, como una imagen viva de mi culpa. Yo soñaba siempre en su retorno, liberado. Tú... ¡lo temías!

J. MANU.- No... Te equivocas. Te equivocas, María Teresa. Hasta el mismo instante de su entrega, confieso mi creciente desamor hacia él y mi rebeldía contra la indulgencia que te concedí, a las puertas de la temida eternidad. Compréndelo, mujer. Aunque en tu falta exista la atenuante de que pudo ser una represalia, se nos ha educado en un concepto del honor conyugal, injusto si se quiere, pero con toda la fuerza de un dogma tradicional.

M. TERESA.- La mujer adúltera, delinqua. El esposo infiel, no. Pero Jesús dijo a las multitudes. "Quien se halle libre de pecado, tire la primera piedra." No se dirigía a las mujeres, sino a todos.

J. MANU.- La verdad, mujer. Imagina, sin embargo, con qué esfuerzo hube de romper con la idea tradicional de mi honor vejado, para aceptar tu falta como un castigo. Aquella triste noche de tu confesión, los dos frente a la hora última de la vida, tú me abriste el alma con humildad y yo te perdoné sin reservas. Ambos temíamos a la justicia de Dios.

M. TER.- Después... Resucitó la negra honrilla. Te arrepentiste de la generosidad con que me reconociste purificada. Se impuso en ti el viejo concepto de la honbría. ¡Mal negocio el que hice con mi confesión! Renuncié a tu respeto, hube de devolverte el perdón. Y el hijo de mi culpa se convirtió, mientras vivía, en el cuerpo del delito acusador. Por eso, temías su vuelta.

J. MANU.- No, no, mujer. Pepito era tu hijo en carne mortal. Pero era, al mismo tiempo, mi creación, mi obra, mi orgullo, mi hijo espiritual. Cuando mi alma se rebeló contra la convivencia contigo,

Pepe, influido por la sensualidad, por la apetencia de vivir, acaso por un atávico mandato de su sangre impura, cada vez me parecía menos hijo de mi voluntad educadora. Se me escapaba el logro de mi obra; se moría mi hijo, poco a poco. ¡Ah! Pero sabe lo que has ignorado hasta ahora. A un hombre, que le dió la vida, le puso en el dilema de elegir padre.

Ma TWR.- ¿Le reveló?... ¡Qué infamia!

J.MANU.- Le escupió a la cara el derecho de su paternidad para imponerle una conducta a su gusto: ¡Una traición a los ideales que le inculqué! Y Pepito me eligió a mí. ¡A mí!. No cuando vino a abrazarme entre sollozos llamándose padre!, sino al entregar su vida joven, la vida que tanto amaba: ¡quién sabe si con el generoso, con el santo deseo de ofrecérsela a mí, efancoso de que no dudase que su padre soy yo!

Ma TWR.- Y supo que su madre... ¡Horrible!
¡Horrible!

(Va hacia la izquierda llorando)

¡Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza! ¡Señor...! ¡Bien muerta está!

(Mutis por la escuiera. José
(Manuel la ve marchar con sim-
patía, sintiéndola más puri-
ficada.

¡Gaspar! ¡Gaspar!

(Sale el criado)

A. ~~¿~~ ¿que llaman?

GASPAR.-

(Al asomarse al fondo)

¡Ay...! ¡Dios mío! ¡Dios santo!...

(Vase desala lo, dejando la
puerta abierta.

J. MANU.-

(Asomándose)

¡Pepito! ¡Pepito!...

(Hace mutis también. Pronto
aparece JUANITA, mirando hacia
atrás.

JUANA.-

Maria Teresa...

(Entrando)

J. MANU.-

No, no la llames.

(Entra cruzado a PEPIITO, que
viste uniforme de soldado en
campana. Le sigue GASPAR co-
mo un gozquecillo.

GASPAR.-

¡Ay mi niño del alma! ¿No me dejarán
que le abrace?

J. MANU.- ¡Tómalo, Gaspar!

PAPITO.- ¡Gasparón! ¡Gasparucho!

(acariciándolo.)

GASPAR.- ¡Ay, mi niño del alma! Pero ¿no lo sintió la señora?

PAPITO.- ¿Dónde está mi madre?

J. MANU.- Ahora vendrá. ¡Callaos! Tu madre...
Déjanos, Gaspar.

(Gaspar va hacia la escalera.)

No, por allí. Y ¡silencio!

(Gaspar hace mutis por su habitación.)

¿Este uniforme?...

JUANA.- Nacional, Don José.

J. MANU.- ¿Quieres explicarme?

PAPITO.- Explicame primero por qué me ocultas a mi madre.

J. MANU.- Porque... ¡te lo diré crudamente!
Porque la avergonzaría tu mirada.

JUANA.- ¿Sabe que su hijo sintió vergüenza de serlo?

J. MANU.- ¿Qué dices?

PAPITO.- Sí, papá. Todo lo hubiera creído menos la impureza de mi madre. Por aquel desencanto, me entregué a la injus-

ticia de tus enemigos.

JUANA.-

A las pocas horas... aquel hombre, advertido por mí, le dió nuevamente la vida.

PAPITO.-

Pena de vida sufrí como tú. No quise volver a vuestro lado. No quise tampoco que supierais mi salvación. Por tercera vez, habrías tú sufrido, tú a quien le debo, no la vida de un cuerpo concupiscente, sino la huella que queda marcar en la vida, el bofetón de mi existencia impura.

JUANA.-

Percóname el secreto de su salvación. Era lo único que a ustedes dos podía unirles. Al curso del tiempo, abrazados en la memoria de su único amor.

PAPITO.-

Un pastor de la Sierra, ^{un} benemérito Martín ~~H~~elaja redivivo, -va supondrás que por obra de Juanita-, me condujo a la otra vertiente. Luchando por España, por levantarla de la ignominia de sus impuros devaneos, aprendí a recobrar a mi madre y a devolverle todo mi amor y



todo mi respeto. Y eras tú, padre mío, -¡padre mío!- quien revolvía en mi memoria tus lecciones de mi infancia, tus consejos de mi juventud y tu ejemplo en la conducta. Porque yo sé, padre, -todo lo sé por quien lo sabe todo+.

(Mirando a Juanita)

que por mí renunciaste a cuanto fuera irregular y pecaminoso.

J. MANU.- Como a hijo te quise... ¡aunque no lo seas! (Apenado)

M. TER.- (Apareciendo en el borde de la escalera.

¡Si lo eres, hijo!

PIPITO.- (Corriendo a sus brazos)

¡Madre, madre! ¡Perdón!

ME TER.- ¿Qué tengo yo que perdonarte?

(Abrazándola emocionada)

JUANA.- Nada, señora, nada. Es verdad.

ME TER.- (A José Manuel)

No me mires, hombre, que adivino tu asombro; porque no supe mantenerme en el papel imposible de madre avergonzada.

J. MANU.- 'Bien muerto está', dijiste.

MA TER.- Porque olvidé ofuscada que los hijos para su madre, no dejan de ser niños. Y en los niños no cabe el rencor.

JUANA.- A las madres no se las juzga.

MA TER.- A las esposas, sí.

J. MANU.- No remuevas, mujer; no remuevas la fuente clara de mi perdón sincero.

MA TER.- Ahora no olvidarás: aquí está vivo el fruto de mi culpa, pero piensa que, salvo su germen, es todo tuyo. ¡Tuyo! Allá en mi aldea nativa, conocí un hecho portentoso que en el país se conoce por "el milagro del campo de manzanas". Escúchalo. Un labrador de curas tierras serraniegas quiso criar un huerto de frutales. Sembró año tras año diversas especies de guindos, perales, albaricocuetos... ¡Vano afán! Ni siquiera apuntaron los brotes, sabe Dios por qué, el cultivo fué abandonado por el labrador y la ilusión del hombre, perdida. De tarde en tarde, el triste labriego iba

a sestear en su haza, a la sombra de algún enebro montaraz, que extendía su ramaje hirsuto sobre la música de un arroyo saltarín. Y una de aquellas siestas observó el serrano que aquí y acullá aparecían muchos tiernos plañtones espontáneos. ¿Qué sería aquello? Su experiencia de campesino le dió a conocer que prodigiosamente nacían manzanos. -"Pero, Señor, -pensaba,- así yo nunca sembré manzanos! ¡Si mi campo fué estéril para frutales y jamás prosperó mi semilla!" "¡Milagro!" -aseguraron las viejas devotas.- "¡Bah! ¡Bah!"- murmuraron los excépticos-. "¿Sabrá ese hombre lo que sembró?" -Y así cundía el comentario, hasta que un viejo pastor, que por allí asentaba su hueste, dió la verídica versión del hecho maravilloso. -"Cuando vuelven los torcos en abril, entran por este valle y en ese campo picotean. Los torcos han traído en su *busche* la simiente de tus manzanos. Los pájaros sembradores te van

a hacer rico". -Y añadió socarrona-
mente:- "Si mañana, cuando prosperen
tus árboles, no se te comen ellos el
fruto". - Pasó el tiempo razonable.
El labrador, advertido providencialmen-
te de que su haza era fértil para man-
zanos, con los que no podía el viento
blanco de la ventisca, se afanó en
cultivarlos amorosamente. Guió los
plántones; trasplantó los brotes, en-
sanchando su área vital; podó las ra-
mas inútiles; abonó las raíces; ex-
tirpó las plagas... Y el manzano flo-
reció una primavera y en el otoño se
cuajó de dorados frutos. ¡Con qué or-
gullo contemplaba el labriego su la-
bor de cinco años! Cierta día, al
llegar a su campo, el hombre vio la
fruta picada. -"¡Señor!" -clamaba
apurado,- "¿perderé la cosecha que
tantos desvelos me costó?" - Y el
viejo rabadán comentaba:- "Ya te
lo dije, ya. ¡En los tercés! Ellos
se sembraron y ellos vienen a cosechar
lo suyo"- "¡Ah, viejo malhablado",

-respondió el labriego. "Buena cosecha lograrían esos rapaces pájaros, madrada con su cuidado! Sembraron, sí; sembraron sin querer, cuando satisfacían un desahogo de su hartura. Pero ¿quién trasplantó para que las raíces no se estrangularan? ¿quién podó las ramas y despuntó los cardos? ¿quién exterminó los parásitos? ¿quién acarrió el fertilizante?". Llegaba a punto el señor cura, oyendo estas razones y, cuando el labrantín, atormantada la conciencia, se volvió a interrogarle: "El manzano ^{real,} ¿es mío o de los pájaros?", el sacerdote no dudó en el dictámen:—"Hijo mío, es tuyo y bien tuyo. La tierra te pertenece por legítima escritura. La beneficiaste con el laboreo, aunque no prosperasen tus semillas. Tú criaste el joven manzanal. Obra de tu cuidado es su fecunda floración, ahora fructificada".—"Entonces, ¿los pájaros...?"—se atrevió a argüir el pastor.— ~~Ellos son los~~ —ra-

pliqué su ministro.- "Los tordos han sido providenciales porteadores de la semilla que tu campo necesitaba, amigo labrador, para cumplirse el designio, que él te había inspirado, de convertirlo en huerto de frutales. Si los pajaros vuelven, sembrados en coto ajeno, se pedradas con los salteadores! No vienen a comer con orden y economía. Vienen a picar, saciando un poco de su gula en cada manzana y a pudrirías todas! ¡No lo consientas! ¡No! ¡A pedradas con ellos! ¡A pedradas!"- Así lo hizo el hombre: y así salvó su campo de manzanas.

JUANA.- ¡A pedradas con los pájaros negros que intenten robar esta dicha!

PEPITO.- Abrazáse, madre. ¡Por la vida que me has dado!

(Abraza a María Teresa)

Tú, padre, también. ¡Porque me enseñaste a vivirla con dignidad de caballero!

(Abraza a José Manuel)

J. MANU.- ¡Hijo, con el alma entera!

PEPITO.- (Estrichando a Juana)

Y bendecid ahora este abrazo, porque a ella le debo tanto como a vosotros: la vida, que es para mí su cariño, y la lección de sus altos ejemplos.

M. TARR.- ¡Bendito sea!

J. MANU.- ¡Que Dios lo bendiga!

JUANA.- ¡Que desde hoy reine la paz en las almas!

PEPITO.- Para que la vida deje de ser pena.

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA.

